LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,600 reis; seis meses 3,200; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 19.

Setiembre 5 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50;—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—La guerra actual en la Exposicion de 1867, por don José de Castro y Serrano.—Federico Cárlos, príncipe real de Prusia.—Los ejércitos beligerantes, por don J. Selgas.—Los horrores de la guerra, por don Cárlos Frontaura.—Episodios de la guerra: batallas de Wissemburgo y de Reichshoffen.—El general Bourbaki.—Orígenes del conflicto franco-prusiano, por J. M. y L.—Federico Guillermo, príncipe heredero de la corona de Prusia.—Glorias vascongadas: Excmo. Sr. don Estanislao de Urquijo, padre de provincia de Álava, por don Ramon Ortiz de Zárate.—Salida del nuevo contingente de tropas alemanas para formar el 4.º ejército que manda el príncipe de Sajonia.—Vivac prusiano.—La Hermana de la Caridad, por F. García Cuevas.—La fé del amor, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—El cañon Moncrieff.—Advertencia.—Anuncios.

GRABADOS.—Federico Cárlos, príncipe real de Prusia.—Los turcos defendiendo por tercera vez una batería tomada á los prusianos en la batalla de Wissemburgo.—Vivac prusiano en los alrededores de Vitry.—El general Bourbaki, jefe del 8.º cuerpo de la guardia imperial de Francia.—Notable carga de caballería dada por los regimientos de coraceros 8.º y 9.º en la batalla de Reichshoffen para proteger la retirada del ejército de Macmahon.—Federico Guillermo, príncipe heredero de la corona de Prusia.—Salida del nuevo contingente de tropas alemanas para formar el 4.º ejército que manda el príncipe de Sajonia.—La hermana de la Caridad.—El cañon Moncrieff.

FEDERICO CARLOS, PRÍNCIPE REAL DE PRUSIA.

LA GUERRA ACTUAL EN LA EXPOSICION DE 1867.

La guerra entre Francia y Prusia tiene el triste privilegio de conturbar los ánimos de todo el mundo y de absorber la atencion general con preferencia á cuantos sucesos puedan presentarse.

Hoy mismo hace un mes del principio de las operaciones, y ya parece que cuentan un año los desastres y las ruinas de Europa. Cientos de miles de familias lloran ya los efectos desastrosos de la guerra, y cientos de millones de francos se derraman por el suelo de las más fértiles comarcas, esterilizando la labor, el movimiento, la industria y la vida de los hombres. El espíritu se abate ante el temor de que pueda ser ilusorio y falso el progreso humano, así como el alma se conmueve ante la ceguedad de reyes y gobiernos que tornan las sociedades al ejercicio de los tiempos más bárbaros.

No han cumplido tres años todavía de la época en que la humanidad inteligente, trabajadora y culta se congregaba en el Campo de Marte de Paris para celebrar un concurso pacífico de inteligencia, de trabajo y de amor. La palabra *paz* brotaba allí de todos los lábios, á la vista de las artes y recursos del hombre empleados sábia y tranquilamente en bien de sus seme-

jantes. Aquella exhibicion de las fuerzas vivas de los pueblos hablaba además con estrema elocuencia sobre los peligros de ambiciones y empresas insensatas. Es imposible (se decia por todos) que al punto á que han llegado los progresos materiales del siglo y los elementos de respeto que acumulan las naciones en su defensa, es imposible que los hombres se cieguen hasta emplear en daño mútuo lo que no puede menos de ser terrible y horroroso para quien lo emplee.—Las artes de la paz se creian aseguradas por las artes de la guerra: el poder desarrollado por ciertos pueblos, respondia de la tranquilidad de los restantes. Si Francia y Prusia abrigaban ya entonces motivos de desavenencia y rencor, allí parecia que debieron quedar conjurados ante la evidencia de una catástrofe que, sin duda alguna, se preparaba para ambos.

Pero la vanidad ciega á los pueblos como á los individuos, y lo que todos percibiamos á la primera mirada de nuestros ojos, no lo percibian ni lo apreciaban monarcas y hombres de Estado.

Proféticas podrian parecer ahora unas humildes palabras nuestras, vertidas entonces como hoy al correr de la pluma, ante las impresiones magníficas de aquel cuadro deslumbrador. No tienen, sin embargo, mérito alguno, porque eran el eco, por mil voces repetido, de la verdad que se desprendia patente de los hechos por todos observados. Vamos, pues, á reproducirlas, como estudio curioso en los momentos actuales.—Estábamos á la vista de Prusia y deciamos de ella:

«Poco amigos nosotros de arrojar á la arena de la publicidad fallos absolutos que, tras de su falta de fundamento á veces, envuelven por lo comun algo de pasion y no poco de lijereza en el juicio, nos vemos impulsados, sin embargo, á manifestar hoy con un convencimiento profundo, que la nacion más privilegiada en el certámen de 1867, la más pujante y la que mayores esperanzas muestra para el porvenir, es la nacion prusiana.

»Compréndese fácilmente que Francia no haya querido reconocerlo; compréndese que Inglaterra esté sentida; pero lo que se comprende sobre todo, aun entre quienes como nosotros abrigan escasas simpatías por el nuevo imperio germánico, es que Prusia se lleva la palma de la Exposicion de París, digan lo que quiera los premios concedidos y digan lo que quiera los críticos apasionados. La supremacía se comprende ante los hechos como la inferioridad se comprende en las comparaciones; y comparaciones y hechos son los que revelan en el Campo de Marte que á los dos paises dueños hasta ahora del continente, les ha salido al paso un poderoso rival que comparte, por lo menos en el dia, sus triunfos industriales, y que amenaza excederlos para lo sucesivo.

»Francia quiso mostrarse desde el primer momento este año como productora de toda la industria humana: habia acaparado para ello el punto del certámen, en el certámen habia acaparado el local, en el local habia acaparado los elementos del juicio: Francia, pues, aparecia inexpugnable. Su numerosa exposicion, que casi promedia la del orbe entero, tiene efectivamente un carácter de generalidad que asombra y que deslumbra; pero permítasenos creer que en ese deslumbramiento hay algo del que ostentan sus ciudades, sus campiñas, sus tiendas, sus mujeres, su mobiliario y hasta sus ideas: el corazon, la cabeza y la fisonomía de las cosas de Francia, no marchan en un perfecto estado de equilibrio: valen mucho sin duda ¿quién habia de negarlo? pero valen menos todas ellas de lo que exigiria su bondad en absoluto.—Inglaterra, por el contrario, no se mostró desde el principio muy afanosa en figurar á la cabeza del concurso actual: procuró como siempre presentarse bien, no escaseando dispendio alguno para conseguirlo, y todo lo que trajo era bueno y verdadero, aun cuando no en todas ocasiones tan bello como fuera de desear; pero ni las novedades abundan en su exhibicion, ni el sello de grandeza absoluta que evidenció dentro de su propia casa en 1862, se ha visto cinco años despues tan trasparente y lozano como entonces. La Inglaterra de París no decae en modo alguno; mas parece que tampoco adelanta con los pasos de gigante de sus primeros años.

»Ahora bien: si en medio de estas dos naciones que en sus escalas respectivas absorbian hasta ahora el predominio del comercio, de la industria, de la navegacion y del trato universal, se ingiere de improviso una potencia de ayer mañana que justifica con sus productos industriales, manufactureros y artísticos la dominacion que pretende sobre su raza, el crecimiento que verifica en sus límites y la ingerencia que se impone en los destinos de los demás pueblos, no debe estrañarse ni que esta potencia conquiste la atencion general, como con justicia la ha conquistado en París, ni que las otras, sus superiores ayer, hoy sus rivales, procuren apagar el resplandor de ese creciente astro que las eclipsa.—Antes de ahora hemos dicho que la batalla de Sadowa no se ganó con los fusiles de aguja; ganóse con el zumo que han esprimido por espacio de medio siglo esos libros alemanes que ninguno leemos por aquí, pero que por allá leen hasta los trabajadores segun se va viendo; libros de cuya embrollada y nebulosa filosofía salen cuando menos se piensa los aceros que hoy admira la industria, las porcelanas, los terciopelos, la cristalería, los tejidos de hilo, los instrumentos de precision, las lanas, los minerales, la tipografía, el papel y tantas otras cosas como han sorprendido por espacio de siete meses á todos los visitadores y expositores del mundo en las galerías de la exhibicion prusiana.

»Fuerza, poder, destreza, finura, belleza y ostentosidad, todo lo ha reunido el pueblo trabajador prusiano, segun las muestras que en París tiene de manifiesto: la imaginacion, la reflexion y el mecanismo parece que caminan en Prusia á un solo nivel, contribuyendo con igual potencia á los maravillosos resultados de su produccion tan rica como variada.»

Aquí examinábamos al por menor los múltiples y magníficos objetos de sus galerías, y terminábamos con esta observacion de carácter político:

«No hace dos años todavía que se mostraba sorprendido uno de nuestros hombres públicos eminentes, porque Prusia ocupase el lugar privilegiado entre las potencias de primer órden que á España se negaba, siendo así que nuestro territorio es casi doble del suyo, su poblacion la misma, numerosa nuestra fuerza de mar, que en ella era casi nula, importantes y ricas nuestras colonias, de que ella carecia por completo, y compacta y segura nuestra nacionalidad, que era allí apegadiza é incoherente.—Si el hombre público á que aludimos ha estado este año en París, las galerías de la exhibicion prusiana le habrán satisfecho con elocuencia sus dudas.

»Cuando los paises pueden ser, son: cuando los paises no son, no pueden ser.—Esta es toda una filosofía, y más que nada, todo un hecho.»

Así nos espresábamos en setiembre de 1867, cuando parecia conjurado el peligro de una guerra franco-prusiana, y mucho más todavía el de una guerra de raza, como la que se cierne pavorosa sobre nuestras cabezas. El espíritu altanero de Francia y la superficialidad con que suele hacerse cargo de los asuntos agenos, ha traido sobre ella primero, y sobre Europa despues, una de las mayores catástrofes que la humanidad registra en su historia. Esa catástrofe amaga á todos los latinos en general; y si una paz inesperada y pronta no detiene el curso de los sucesos, como con todas las veras de nuestra alma deseamos, es preciso que los hombres de acá piensen sériamente en el porvenir de la pátria, cambiando el rumbo, á nuestro parecer equivocado, por donde se precipita la opinion pública del país.

Sirvan estas líneas de introduccion á ese estudio.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

FEDERICO CÁRLOS, PRÍNCIPE REAL DE PRUSIA.

Uno de los personajes más importantes entre los que figuran en la actual guerra franco-prusiana, es el príncipe de Prusia Federico Cárlos, hoy general en jefe del tercer cuerpo de ejército de su nacion. Nació en Berlin el 29 de marzo de 1828: es el único hijo varon, y primogénito, del príncipe Federico Cárlos Alejandro, hermano segundo del rey Guillermo, y por lo tanto sobrino de éste.

Su educacion militar se confió á los cuidados del teniente general Roon, hombre de vastos conocimientos en el arte de la guerra, y que fué el inspirador de la organizacion del ejército prusiano.

El príncipe Federico Cárlos renunció desde la guerra de 1866 el título de primer jefe del 7.º regimiento de húsares austriaco, y quedó con el de general de caballería, segundo jefe del regimiento prusiano número 1.º y jefe del 12.º de húsares ruso.

En sus empresas militares no siempre estuvo de su parte la victoria, pues en la campaña de Dinamarca, en 1864, en la que mandaba en jefe las fuerzas prusianas, fué derrotado en Missunda, y si bien demostró mucho valor como soldado, fué objeto de muy severas censuras como general. En Duppel tomó la revancha de aquel descalabro, pero debe tenerse en cuenta que en aquella ocasion las fuerzas austro-prusianas eran muy superiores á las del ejército dinamarqués.

Distinguióse mucho en la batalla de Sadowa, al frente del ejército del Elba, llamado tambien ejército de Sajonia.

Por último, en los combates en que se ha hallado el príncipe Federico Cárlos, ha sabido acreditarse como soldado arrojado y valiente, sabe conducir al combate á sus subordinados, y tiene corazon para arrostrar grandes peligros.

En 1859, despues de la guerra de Italia, escribió una obra titulada *La manera de combatir á los franceses*, y ahora está practicando con buena suerte aquellas teorías, pues habiendo penetrado en Francia con las tropas de su mando el 5 de agosto último, dió al siguiente dia la batalla de Forbach contra las tropas del 2.º cuerpo del ejército francés mandado por Frossard, y cuyo resultado fué adverso para sus enemigos.

Posteriormente, habiendo avanzado hácia Metz, tomó parte en el movimiento verificado por las tropas prusianas alrededor de aquella plaza, formando el ala derecha del ejército, y batió el dia 14 y los siguientes al ejército francés que manda el general Bazaine.

LOS EJÉRCITOS BELIGERANTES.

Nos causa asombro las enormes cifras de hombres que Francia y Prusia han lanzado al feroz incendio de la guerra, y en verdad no debieran sorprendernos, porque, dada la organizacion militar de una y otra potencia, tratándose de una lucha á muerte entre ambas, y hallándose de antemano preparadas, claro está que habian de oponerse desde el primer momento las mayores fuerzas posibles.

El imperio francés, si todavía podemos darle este nombre, se estiende en una superficie de 543.051 kilómetros, comprendiendo una poblacion de 38 millones de habitantes. La ley de 1.º de febrero de 1868 establece nueve años de servicio militar, repartiendo cinco en el ejército activo y cuatro en la reserva. La suerte determina los que han de ingresar, y la edad es de veinte años.

La guardia nacional móvil sirve como auxiliar del ejército activo en caso de guerra, y se le confia la defensa de las plazas, costas y fronteras, y el órden interior del reino.

La infantería del ejército activo se compone, inclusa la guardia imperial, de 251.423 hombres. La fuerza total de la caballería es de 61.583. La fuerza de la artillería asciende á 37.959 hombres. La fuerza de ingenieros arroja un total de 7.845 hombres, el tren de equipajes suma 8.954, la sanidad militar 4.700, la administracion 3.600 y la gendarmería 24.584 hombres.

La cifra total del ejército activo en tiempo de paz, asciende á 401.891 hombres y 91.484 caballos, en esta forma:

	Hombres.	Caballos.
Estado Mayor.	1.802	946
Gendarmería.	24.548	14.655
Infantería.	250.900	1.239
Caballería.	61.583	46.378
Artillería.	37.959	19.257
Ingenieros.	7.845	1.004
Equipajes militares.	8.954	7.715
Sanidad y Administracion.	8.300	290
SUMA.	401.891	91.484

La reserva equivale al número del ejército activo, y en números redondos puede calcularse en un ejército de 400.000 hombres, y el efectivo de la guardia nacional móvil es por lo menos de 500.000 hombres. De manera que el ejército de tierra que Francia puede presentar en una guerra asciende:

Ejército en tiempo de paz. . .	401.891
Reservas.	400.000
Guardia móvil.	500.000
TOTAL.	1.301.891

La marina de guerra no es menos formidable. Hé aquí su estado:

VAPORES DE HÉLICE.

	Á FLOTE.			EN CONSTRUCCION.		
	Número.	Cañones.	Caballos.	Número.	Cañones.	Caballos.
BUQUES ACORAZADOS.						
Navíos de espolon	3	116	2.750	4	48	3.800
Fragatas	14	524	12.000	»	»	»
Corbetas de espolon	8	112	3.600	1	14	450
Guarda-costas de espolon	4	28	1.885	3	6	1.590
Baterías flotantes	15	230	2.625	»	»	»
Pequeñas baterías flotantes	11	22	460	»	»	»
TOTAL	55	1.032	23.320	8	68	5.840
BUQUES NO ACORAZADOS.						
Navíos de línea	15	1.350	11.000	»	»	»
Fragatas	17	614	8.440	1	30	380
Corbetas	14	140	5.570	7	70	3.150
Avisos	49	196	6.530	11	44	2.435
Cañoneras	70	186	2.316	»	»	»
Trasportes	66	132	16.780	4	»	600
Buques especiales	2	»	12	»	»	»
TOTAL	233	2.618	50.648	23	144	6.565
VAPORES DE RUEDAS.						
Corbetas	7	28	2.400	»	»	»
Avisos	34	68	3.395	»	»	»
Trasportes	10	20	4.500	»	»	»
TOTAL	51	116	10.295	»	»	»
BUQUES DE VELA.						
Navíos de línea	2	180	»	»	»	»
Fragatas	10	400	»	»	»	»
Corbetas	6	120	»	»	»	»
Brigbarcas	5	60	»	»	»	»
Goletas	12	24	»	»	»	»
Cañoneras	50	50	»	»	»	»
Trasportes	25	40	»	»	»	»
TOTAL	100	914	»	»	»	»

La fuerza destinada á este servicio puede elevarse en tiempo de guerra á 170.000 hombres. Añádanse á esto 200 baterías, y se verá lo formidable de las fuerzas que el imperio ha podido presentar á los prusianos.

Por una superficie de 414.924 kilómetros cuadrados se estiende la Confederacion alemana del Norte con una poblacion próximamente de 30 millones de habitantes. Todo aleman de la Confederacion está obligado al servicio de las armas desde la edad de veinte años, sirviendo siete años en el ejército permanente, tres bajo banderas y cuatro en las reservas, y además cinco en la Landwehr. Los Estados de la Confederacion concurren á la formacion de este ejército en la forma siguiente:

	Infantería de línea.	Infantería lijera.	Caballería.	Artillería de campaña.	Artillería de plaza.	Ingenieros.	Tren.
Prusia	97 Reg.	13 Bats.	64 Reg.	12 Reg.	9 1/2 Rg.	12 Bats.	12 Bats.
Oldembourg	1	»	1	2 Batr.	»	»	»
Saxe Weimar	1	»	»	»	»	»	»
Saxe Cobourg Gotha Saxe Meiningen	1	»	»	»	»	»	»
S. Altembourg Sehw Rudolstadt Reuss	1	»	»	»	»	»	»
Anhalt	1	»	»	»	»	»	»
Sajonia	9	2	6	1 Reg.	1 Reg.	1	1
Mecklembourg Scheverin Strelitz	2	1	2	4 Batr.	»	»	»
Brunswick	1	»	1	1 »	»	»	»
Hesse	4	2	2	6 »	»	1/4	1/2
TOTAL	118	18	76	13 1/3	10 1/2	13 1/4	13 1/2

El ejército prusiano en tiempo de paz asciende á 300.645 hombres, y en tiempo de guerra á 957.580 con 1.272 piezas de artillería.

En la presente guerra lo aumenta Baviera con 264.958 hombres y 136 cañones, el Gran Ducado de Baden con 43.703 hombres y Wurtemberg con 34.953. De manera que por su organizacion, y no contando con los que puedan tomar las armas de 17 á 42 años que aun no han pertenecido ó ya no pertenecen al ejército, Prusia y sus aliados presentan contra el ejército francés 1.301.194 combatientes.

La marina de guerra prusiana no puede competir con la francesa, pero hé ahí su estado:

	VAPORES DE HÉLICE.	TOTAL DE Caballos.	TOTAL DE Cañones.
3	Fragatas blindadas	2.900	55
1	Corbeta blindada	500	8
2	Buques acorazados	700	7
5	Corbetas de puente cubierto	1.950	140
5	id. de id. raso	1.476	68
8	Chalupas cañoneras de 1.ª clase	640	24
14	id. id. de 2.ª	840	28
1	Yacht	160	»
39		9.166	330
	VAPORES DE RUEDA.		
2	Avisos	420	7
2	Remolcadores	50	»
1	Trasporte	100	»
44		570	7
	BUQUES DE VELA.		
3	Fragatas	»	112
3	Bricks	»	38
2	Barcos de pequeñas dimensiones	»	»
8		»	150
	Á REMO.		
32	Chalupas cañoneras	»	64
4	Cañoneras	»	4
36		»	68
1	Navío cuartel	»	9

De la comparacion de estos dos ejércitos que se despedazan horriblemente desde Metz á Chalons, no resulta una diferencia bastante para atribuir el triunfo definitivo ni á una ni á otra en razon del número, y en todo caso no se puede negar la superioridad de la marina francesa. La organizacion militar de ambas naciones es análoga, la perfeccion de sus armas y sus medios de guerra son iguales; nadie hace un mes se hubiera atrevido á poner en duda la pericia de los generales franceses, ni se hubiera atrevido nadie á sospechar que la gloria de los zuavos iba á quedar oscurecida ante la gloria fantástica de los hulanos. Los franceses hablan mucho, pero suelen hacer lo que dicen; los alemanes hablan menos, pero suelen hacer más de lo que prometen.

Medidas las fuerzas de una y otra parte, pesados los inconvenientes y las ventajas de unos y otros, parecia antes de comenzarse la guerra que ambos ejércitos, en virtud de sus respectivas fuerzas, iban á contenerse mútuamente en las orillas del Rhin. Pero hé aquí que á los veinte dias de campaña, el ejército francés destrozado, dividido, intenta en vano rehacerse y busca heróica, pero inútilmente, el camino de París, abandona é incendia á Chalons, mientras el ejército prusiano se adelanta sobre París. Estaba fuera de todos los cálculos un hecho semejante y los mismos prusianos deben hallarse sorprendidos de sus propios triunfos. Los menos dispuestos á creer en la omnipotencia militar de Francia y en el heróico patriotismo de los modernos franceses, pensamos que la victoria fluctuaria antes de decidirse y si veíamos muy difícil la llegada del ejército imperial á Berlin, nos parecia más difícil todavía la aproximacion de los prusianos á París.

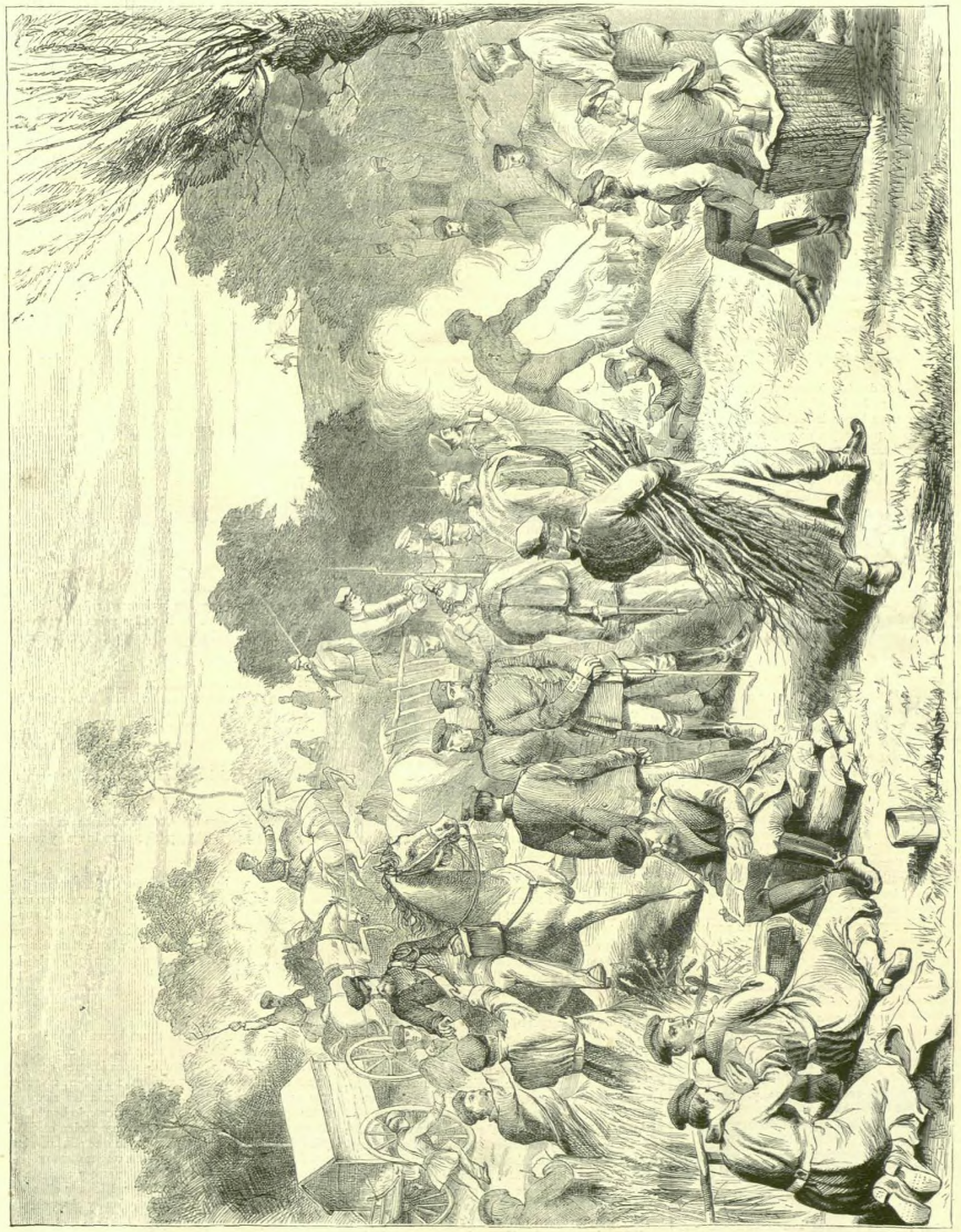
No debe buscarse en una causa puramente militar, en un accidente imprevisto, en una órden mal entendida, en un movimiento mal ejecutado, ni en una operacion estratégica inesperada el desastre tremendo porque está pasando Francia.

Fuera de los ocultos caminos por donde la Providencia dirije los sucesos humanos para sus altos fines, se ofrece á nuestros ojos una causa patente que debió anunciarnos antes de que se disparara el primer cañonazo la catástrofe del imperio. Militarmente, Francia estaba dispuesta á la guerra, moralmente no podia sostenerla. La fuerza moral que el general Trochu pide en estos momentos á la Francia desgarrada por los partidos, prueba que eso es precisamente lo que le falta. Mientras los prusianos pueden llevar todos sus ejércitos al campo de batalla, Francia necesita en París un ejército que le asegure el órden interior del reino, porque al mismo tiempo que tiene que luchar con Prusia, necesita contener á la demagogia que la amenaza. Se encuentra empeñada en una guerra estranjera y en una guerra intestina: tiene delante á los prusianos y detrás el socialismo, y vencedora ó vencida se ve al borde del abismo de que en 1850 la salvó el imperio.

Francia cae como cayó Babilonia, como cayó Jerusalem deicida, como cayó el bajo imperio envilecido: cae más por la fuerza disolvente de su propia corrupcion, que por la fuerza de los prusianos. La culpa ha sido grande, pero el castigo es tremendo.

J. SELGAS.

LA GUERRA.—LOS TURCOS DEFENDIENDO POR TERCERA VEZ UNA BATERÍA TOMADA Á LOS PRUSIANOS EN LA BATALLA DE WISSEMBURGO.



LA GUERRA.—VIVAC PRUSIANO EN LOS ALREDEDORES DE VITRY.

LOS HORRORES DE LA GUERRA.

Muchos y grandes son los horrores de la guerra, sobre todo ahora que ya no se matan los hombres luchando cuerpo á cuerpo, sino á distancia, por medio de aparatos, más ó menos complicados, que envian balas, clavos, pedazos de hierro, plomo derretido y otros proyectiles aderezados convenientemente por la química; ahora cae al suelo un batallon entero sin haber visto al enemigo que desde un bosque le ha hecho dos ó tres disparos de ametralladoras, y, andando el tiempo, es fácil que se supriman hasta esos instrumentos novísimos de guerra y se maten los hombres con la chispa eléctrica, como se suele matar á algunos toros en nuestras *civilizadoras* corridas de novillos.

Pero no voy á hablar á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de esos horrores de la guerra moderna, que nunca pudieron imaginar las tribus salvajes que matan á los hombres y se los comen despues de darles una vuelta sobre una hoguera; de esos horrores nos hablan con la mayor tranquilidad el rey de Prusia y los generales de los ejércitos prusiano y francés, diciendo sencillamente:—*El regimiento tal ha quedado destruido.—Hemos hecho 10.000 muertos al enemigo.—Nuestras pérdidas son considerables*, ect., etc.

Quiero hablaros de otros horrores, de que no suele hacerse mencion en los hiperbólicos partes de los generales, y menos en los de los soberanos. Son horrores en que estos personajes no reparan, y cuyo recuerdo solo se conserva en el alma triste, herida de muerte, de alguna infeliz mujer, de algun pobrecito anciano, de algun desvalido huérfano.

¡Cuántos de estos horrores no habrá en esa desastrosísima guerra que en cuatro semanas ha devorado ya, ha hecho desaparecer del mundo la más distinguida juventud, los más valientes y fuertes hijos del pueblo pertenecientes á los dos ejércitos beligerantes. En los caminos de la Alsacia y la Lorena, en las llanuras de la Champaña, no se podrá dar un paso sin hollar la tierra que cubre los cadáveres de tantos infelices sacrificados á la rivalidad de dos soberanos soberbios!...

∴

Es la hora del crepúsculo. Un pobre jóven, casi un niño, ha salido de su aldea para buscar en un caserío próximo á su padre, y decirle que se venga á la aldea, porque parece que los soldados están cerca, y la madre quiere que toda la familia esté en casa reunida, y haga frente al peligro, si le hubiere. De pronto, oye el siniestro ruido de los pasos de un destacamento de tropas. El jóven instintivamente se arrima á un árbol, y espera que pasen los soldados... Ya pasan, ya han pasado... y sale de su escondite, pero al mismo tiempo se encuentra con un soldado que se quedó rezagado. El soldado le coje por el cuello y le arrastra consigo... el jóven tiembla... el soldado le amenaza en un idioma que no entiende el pobre campesino... éste le dice quién es, adonde iba, pero en un idioma que el soldado no entiende tampoco...

Minutos despues, está el campesino en presencia del jefe del destacamento, hombre cruel y que va ébrio de coraje, porque en el camino le han muerto el caballo, ó ha perdido el rewolver, y despues de hacer varias preguntas al jóven, que no las entiende, ni logra hacerse entender, manda fusilarle como espía.

Un soldado comunica esta sentencia al inocente, que no sabe de qué se trata; el destacamento se forma á un lado del camino; dos soldados cojen al campesino y le colocan de espaldas delante de la tropa; uno de ellos le hace de un golpe arrodillarse... el pobre jóven, lleno de miedo, vuelve la cabeza, y... cae muerto atravesado por cuatro balas.

Y un momento despues sigue el destacamento su camino.

¡Él iba á buscar á su padre al caserío inmediato; su padre, al volver del caserío á la aldea, es el que le encuentra muerto, asesinado!

∴

La ciudad ha sido invadida por el enemigo. Los soldados se han alojado en la iglesia; allí donde antes se oian las preces al Señor, se oyen ahora voces y juramentos, canciones guerreras ú obscenas de la soldadesca, y relinchos de los caballos atados á las verjas de las capillas.

Los oficiales han sido alojados en las casas, y los vecinos están obligados á servirles y alimentarles.

Un anciano, un hombre fuerte, grave, sereno, en medio de aquella tribulacion de la ciudad, ha recibido á un jóven oficial, de apuesto continente y de esquisita cortesanía, que lo primero que ha dicho al anciano es que siente mucho molestarle y que la dura ley de la guerra le obliga, pero que no vea en él un estranjero enemigo sino un hermano y un militar pundonoroso. Vivirá en casa del anciano porque así se lo mandan, pero él pagará lo que gaste y no le causará la menor incomodidad. El anciano le contesta que no tenga con él miramientos, que conoce la ley de la guerra, y se somete resignado á la suerte del vencido.

El jóven oficial está rendido, y aprovecha los momentos de descanso que se le han concedido; acaso dentro de una hora volverá á montar á caballo. Duerme, y duerme tranquilo, soñando que ya no hay guerra, que vuelve á su hogar donde le espera su madre, que va á casarse con su prometida, que es feliz sobre todo porque ya no ve aquella horrible matanza de la guerra.

Y mientras él sueña y es feliz, el anciano, sosteniendo con las manos su frente ardorosa, esclama:

—¡Mis dos hijos!... ¡mis queridos hijos, que eran jóvenes, hermosos, valientes como ese oficial enemigo, que eran mi único amor, mi única esperanza, han muerto en el campo, acuchillados por los soldados que manda acaso ese oficial!... ¡Oh! ¡venganza!... ¡Perdóname, Dios mio!... pero han dado muerte á mis hijos... Me fusilarán luego... ¿qué me importa?... Sin mis hijos, ¿qué hago yo en el mundo?...

Y se acerca á la puerta de la habitacion donde duerme el oficial enemigo... y avanza... y retrocede... y vuelve á avanzar y retroceder... tiembla, duda... pero al fin, ¡qué horror! apodérase de él un vértigo de venganza, olvida sus sesenta años de hombre honrado, ciégase, y se precipita sobre el oficial que exhala un quejido, se incorpora y cae muerto sobre el lecho.

El desesperado padre le ha atravesado con un puñal el corazon.

Huye horrorizado, y por un milagro de la Providencia puede salir de la ciudad y huir y salvarse de caer en poder del enemigo. Y aun luego vive algunos años con el horrible tormento de la pérdida de sus hijos y el más horrible aun de la voz de su conciencia que le grita mientras vive:—¡Asesino!

∴

La ciudad está sitiada.

El enemigo lanza los proyectiles sobre los mejores edificios.

No se oye más ruido que el de la esplosion de las bombas y las granadas y el que hacen los escombros de las casas en ruina.

En una pobre habitacion está una madre, una madre feliz todavía en medio de aquella desolacion, porque tiene en sus brazos á su hijo, un ángel bello como la inocencia. El niño duerme, cuando no duerme nadie en la ciudad; él no sabe todavía lo que son capaces de hacer los hombres: no sabe lo que es el mal, no sabe lo que es temor.

La casa es baja, y está situada en un sitio á donde no se dirigen los tiros del sitiador. Hace ya seis dias que dura el sitio, y en aquella calle no ha habido ninguna desgracia. Tiene confianza la pobre madre en que no es grande el peligro para su hijo ni para ella.

El niño se ha despertado, y con una sonrisa ha pedido alimento á su madre... Ésta va á descubrir su pecho para dar vida con su sangre al hijo de sus entrañas, y le deja un momento sobre la bordada blanquísima colcha de la cuna; el niño estiende las manitas y se rie... y de pronto suena muy cerca un estrépito horrible: la madre, asustada, ha cerrado un momento los ojos, como deslumbrada por un rayo de luz rojiza... y se precipita á cojer á su hijo... Y aquella carita tan linda, aquella mirada tan pura, aquella sonrisa celestial, no existen ya... Un casco de granada ha caido sobre el niño, y ya no tiene ojos, ni boca, ni frente; el proyectil le ha destrozado la cabeza.

Dios tiene un ángel más en su coro celestial.

¿Y la pobre madre?... No puedo yo espresar la desesperacion de la madre; solamente las madres que lean este artículo podrán definirla.

∴

Siempre ha sido un hombre honrado, siempre. Tiene ya setenta años, y desde que tenia siete no ha cesado de trabajar. Empezó siendo un humilde obrero; paso tras paso, á fuerza de trabajo y de inteligencia, llegó á formar un capitalito. Estudió, trabajó más cada vez, inventó aparatos nuevos, perfeccionó máquinas para hacer mejor y más género, y ahorrando, ahorrando, pensando siempre en el porvenir de sus hijos, logró hacer una fábrica, una fábrica suya, donde dió de comer á centenares de obreros, siendo la Providencia de todos, amándolos como á hijos y dándoles el ejemplo de la honradez y la laboriosidad. Todo cuanto tenia lo empleaba en mejorar la fábrica, en hacerla más importante cada vez... Hace quince dias era un hombre rico; el porvenir de sus hijos estaba asegurado: ya no temia morir el hombre de bien, porque habia cumplido su mision en el mundo.

Pero vino la guerra: un dia trabóse el combate cerca de su fábrica; los soldados, sus compatriotas, paraperáronse en ella; pero eran pocos, y el enemigo tenia centuplicadas fuerzas; cayó primero la esbelta chimenea, ennegrecida por el honroso humo del vapor que movia las máquinas hace quince dias; cayeron luego las paredes, y ahora no hay allí más que un monton de ruinas.

¡Ay! ¡más que la ruina, le abate pensar que ya tiene setenta años! porque si fuera jóven, volveria á empezar á trabajar; más que la miseria propia, le espanta la triste situacion á que habrán de quedar reducidas tantas familias que vivian del trabajo que hallaban en la fábrica; y no puede contener la desesperacion al contemplar á sus dos bellísimas hijas pobres y próximas á ser huérfanas.

¡Y el pobre anciano aun puede ser más desgraciado!

¡Cuando sepa que su hijo, el que podia trabajar y dar pan á su padre y á sus hermanas ha muerto en la guerra!

∴

El combate habia sido á las inmediaciones del pueblo.

Desde el pueblo se oian los lamentos de los heridos que habian podido llegar hasta las primeras tapias, y que allí habian caido, y pedian socorro con lastimero acento.

Todavía duraba el combate, y de los pobres heridos nadie se cuidaba.

Pero en el pueblo habia un médico, un hombre de bien, generoso y compasivo.

—Yo voy á ir á ver, decia á su mujer, si recojo algun herido, á darles algun consuelo, á evitar la muerte de alguno.

—¡Ay! ¡Dios mio! esclamaba la atribulada esposa, te pueden matar.

—No temas.

Y el pobre hombre fué y trajo en brazos un herido, y salió luego y trajo otro, y trajo otros luego, y volvió por el último.

El soldado tenia una pierna rota y no sabia el médico de qué modo cojerle para que sintiera menos dolores el pobre militar... De pronto, y envuelto en una nube de humo, llega hasta cerca de las tapias del pueblo un escuadron enemigo, y el pobre médico cae con la cabeza dividida por un sablazo, y le pisotean los caballos y allí quedan juntos los cadáveres del soldado y de aquel héroe, de quien nada dirá la fama de la guerra.

∴

Están recien casados. Él es un honradísimo jóven, que adora en su mujer, y ella es tan bella como buena. A la puerta de la casa de estos jóvenes esposos llegan soldados enemigos y piden, no piden, mandan que se les dé de beber. De mala gana les sirve el jóven, pero les sirve; ellos beben, y cuando han bebido empiezan á requebrar á la hermosa recien casada, y le dicen chistes soeces, y en viendo que ella les mira con desden, la ultrajan y le hacen vergonzosas proposiciones. El jóven no puede contenerse y advierte á los soldados que respeten su hogar. Riensele ellos; él se irrita más; uno le da un empujon, y él amenaza; sacúdele otro una bofetada, y él ahoga al que le ultrajó.

De nada valen las súplicas de la hermosa; arrastran fuera á su marido, y se lo llevan prisionero. No es soldado, y ha hecho resistencia al vencedor; la ley

bárbara de la guerra está terminante, y sin dar crédito á la desesperada esposa, que refiere cuál fué la ocasion, cual el motivo de la legítima resistencia del marido, éste muere fusilado, y la desdichada viuda recorre luego loca el pueblo, pidiendo por caridad que la maten como á su marido.

Llega despues un jefe enemigo que dá crédito á lo que todo el pueblo dice acerca del infame atropello de que fue víctima el honrado matrimonio, y castiga á los soldados calumniadores, pero ¿quién devolverá la felicidad á la desventurada viuda?...

* * *

Todos estos y otros horrores, que ni imaginarse pueden, son el obligado acompañamiento de la invasion y de la guerra.

Nadie diga que la guerra es justa jamás. ¿Cómo ha de ser justa la guerra si la guerra es la destruccion de millares de hombres buenos y útiles, la ocasion de que en los pueblos se despierten las más depravadas pasiones, los más salvajes instintos, la muerte de los inocentes y la ruina de todo lo grande, de todo lo bueno, de todo lo que dá riqueza y bienestar á las naciones?...

Mucho le falta á la *civilizada* Europa para llegar á la verdadera civilizacion, cuando todavía dirimen sus diferencias las naciones, enviando ejércitos á destruir ejércitos, y cuando las que tienen la fortuna de permanecer neutrales, tienen por otra parte la desgracia de reunir en su seno todos los elementos de otra guerra, tan horrible, más horrible si cabe, de la guerra civil.

¡Oh! ¡dichosa la generacion que, unida en el amor al prójimo y bendita de Dios, viva bajo el dulce imperio de la paz!...

CÁRLOS FRONTAURA.

EPISODIOS DE LA GUERRA.

BATALLAS DE WISSEMBURGO Y DE REICHSHOFFEN.

Ofrecemos hoy á nuestros favorecedores dos grabados que representan episodios de las batallas de Wissemburgo y de Reichshoffen dos páginas sangrientas del terrible drama que hoy se representa en la parte septentrional de Francia.

El dia 5 del último mes de agosto á la hora en que los soldados franceses acampados alrededor de Wissemburgo tomaban el desayuno; el príncipe real de Prusia, que habia salido de Landau á las cinco de la mañana, llegó á las nueve y cuarto á las alturas de Schweigen á una pequeña distancia al Nordeste de la ciudad. Sobre las alturas del Sudoeste se hallaba la segunda division del cuerpo de ejército mandado por el valiente general Abel Douay. Componíase este de ocho ó diez mil hombres que empuñaron las armas precipitadamente para defenderse de la artillería enemiga que comenzó á disparar sobre sus atrincheramientos. Al mismo tiempo una columna del ejército prusiano invadió la llanura y atacó el flanco derecho de la division de Abel Douay. Este bizarro general creyó que el enemigo, que se adelantaba, favorecido por la espesura de las arboledas, no tendria fuerzas superiores á las de su mando, y ordenó á estas que avanzasen. La lucha comenzó sangrienta y terrible, crúzanse las balas en todas direcciones. Una carga furiosa obliga á replegarse á los prusianos que ocupan el ala derecha siendo diezmados sus batallones; pero el príncipe real, al frente de nuevas tropas, acude á restablecer la línea. El general Douay acude tambien á restablecer el ala derecha de su ejército que habia sido rota por el enemigo, pero con menos suerte que su ilustre adversario halla la muerte donde buscaba la victoria. Este valiente militar ya habia sido herido en una pierna al principio de la batalla, pero no quiso retirarse y continuó en su puesto hasta que un casco de metralla le derribó en tierra mortalmente herido.

Tenia Douay sesenta y dos años y murió el dia de sus dias.

A pesar de que una seccion de artillería del ejército de Mac-Mahon vino á protejer la retirada de sus compatriotas, el estrago que sufrieron en los repetidos ataques de sus enemigos fué muy grande. Pero los soldados que hicieron prodigios de valor en esta desesperada lucha fueron los turcos: armando sus bayonetas se lanzaron intrépidamente sobre sus numerosos adversarios hiriéndoles, desbaratando sus filas y llegando á apoderarse de ocho cañones; mas cuando la suerte del combate se decidió en favor de los prusianos, en vano les ordenaban sus jefes que se batieran en retirada: su indomable fiereza solo quedaba satisfecha con la victoria ó con la muerte y por eso contestaban: «¿Turcos y retroceder? Eso es imposible.»

A pesar de tan heróicos esfuerzos, el campo quedó por las tropas del príncipe real de Prusia.

Los rasgos de valor que tuvieron lugar en esta batalla son tan numerosos como conmovedores, pues las pérdidas de ambos ejércitos fueron grandes. Los franceses se batieron heróicamente, pero tuvieron que sucumbir á la superioridad numérica de sus enemigos que, segun afirma un periódico francés se hallaban en proporcion de diez contra uno.

La batalla de Reichshoffen es otro sangriento episodio de esta horrible guerra, en la que la superioridad de las fuerzas prusianas hizo estériles los admirables esfuerzos de los soldados franceses. En vano esperó Mac-Mahon la llegada del general De Failly para contrarestar el impulso de las tropas del príncipe real de Prusia; aquellos refuerzos no llegaron, y aunque aquel mariscal ocupaba en la mañana del 6 de agosto, fuertes posiciones en Reichshoffen, y en los pueblos Freischœiller, Elsenhausen y Morsbronn, no pudo resistir el violento empuje del ataque dirigido en un principio sobre el centro de su ejército para disimular el movimiento de los batallones prusianos que marchaban por el camino de Soultzbach para lanzarse sobre el ala derecha.

Cuatro veces seguidas fueron rechazados prusianos y bábaros, el fuego era nutrido y vigoroso y la sangre corria á torrentes. Agotadas las municiones, continuó la lucha cuerpo á cuerpo y las armas blancas sustituyeron á los *chassepots* de turcos y franceses. Pero tambien la suerte era adversa para estos, y no tenian otro remedio que batirse en retirada. El mariscal Mac-Mahon llamó entonces á los coroneles de sus regimientos de caballería, y les mostró el destrozo de su ejército que se defendia haciendo esfuerzos supremos, entregando sus vidas en aras de la pátria.

—No nos queda otro recurso, les dijo, es preciso que os lanceis á buscar la muerte.

Los generosos oficiales comprendieron el sacrificio que se les exigia, y un momento despues de haber estrechado convulsivamente la mano del general, partieron á proteger la retirada de sus compatriotas.

Los coraceros, arrostrando el fuego de las baterías, se lanzaron sobre la vanguardia enemiga. El empuje fué violento y la lucha encarnizada: de unos seiscientos hombres que componian aquel brillante escuadron solo volvieron doscientos veinte, habiendo perecido casi todos los oficiales en aquella brillante carga.

Á las cinco de la tarde se habia verificado la retirada del ejército francés, y en esta batalla como en la de Wissemburgo los rasgos de abnegacion y de valor fueron admirables; siendo tambien el éxito desgraciado para los defensores de la Francia.

Los soldados turcos hicieron prodigios en la lucha y conquistaron en aquella jornada inmarcesible gloria.

Lástima es que el buen nombre de tan bizarros soldados se haya empañado con los escesos que, hace pocos dias, cometieron en Chalons unos 400 turcos de la retaguardia del cuerpo de De Failly, saqueando la estacion del ferro-carril de aquella plaza, robando todos los equipajes allí depositados, inclusos los que pertenecian al emperador. Un escuadron de gendarmes les acuchilló, reduciendo á prision á unos cincuenta. Á este suceso se atribuye la separacion de De Failly del cuerpo de ejército que mandaba.

EL GENERAL BOURBAKI.

Entre los generales del ejército francés que han hecho una carrera más rápida y que al mismo tiempo contrajeron en ella más relevantes méritos, figura el general comandante del 8.º cuerpo de la guardia imperial Cárlos Dionisio Sotero Bourbaki, uno de los bravos militares que en mil ocasiones han demostrado gran valor é inteligencia en el arte militar.

Perteneciendo á una familia de origen griego, nació en Paris el 22 de abril de 1816. Dedicado á la carrera militar fué subteniente de zuavos en 1836 y teniente de la legion extranjera en 1838. Sus servicios incesantes le hicieron merecedor de rápidos ascensos; cada vez que se le ofrecia una ocasion de mostrar su valor, lograba distinguirse entre los demás jóvenes oficiales, por lo que grado á grado fué avanzando en su carrera hasta llegar á coronel de zuavos, cargo que desempeñaba en 1851.

En 1854 fué nombrado general de brigada, y en 12 de agosto de 1857 conquistó las charreteras de general de division. Tenia entonces M. Bourbaki 41 años, era aun muy jóven relativamente á la alta gerarquía que ocupaba en las legiones de la Francia; pero nadie afirmó que sus ascensos hubiesen sido debidos al favor ni á la suerte; antes al contrario, los que conocian sus preciosas cualidades militares reconocieron desde luego que sus ascensos fueron siempre bien merecidos.

El general Bourbaki se ha distinguido sucesivamente en las batallas de Alma, de Inkerman, y en el asalto de Sebastopol, y en la campaña de Italia.

En 1869 se le confió la comandancia del segundo campamento de Chalons, y fué nombrado ayudante de campo del emperador.

Entre los honores y condecoraciones que lleva en su pecho, ostenta las insignias de gran oficial de la Legion de honor que le fueron concedidas en 1860.

En la actual campaña tomó parte en las batallas que tuvieron lugar delante de Metz contra las fuerzas prusianas é impidieron la reunion del ejército que manda el mariscal Bazaine con los refuerzos que se hallaban en Chalons. Su comportamiento ha correspondido á su buena reputacion militar. Un telégrama muy reciente, anuncia que este bravo militar ha sido herido en un encuentro con las tropas enemigas.

ORÍGENES DEL CONFLICTO FRANCO-PRUSIANO.

(1866-1869.)

III.

LA CONFEDERACION DEL NORTE Y LOS ESTADOS DEL SUR DE ALEMANIA DESPUES DE LA GUERRA.

(1867.)

Los Estados del Norte se habian comprometido á enviar á Berlin plenipotenciarios para fijar, de acuerdo con la Prusia, las condiciones del pacto que debia reunirlos en Confederacion. Se inauguraron las conferencias el 15 de diciembre. Esceptuando la Sajonia y el ducado de Meklemburgo-Strélitz, que habian designado como plenipotenciarios á sus agentes diplomáticos en Berlin, todos los Estados se hicieron representar por sus primeros ministros. El conde de Bismarck sometióles un proyecto de Constitucion, que no era otra cosa que el desenvolvimiento de las proposiciones que la Prusia comunicó el 10 de junio á los confederados. Las deliberaciones no podian ser, por lo tanto, muy largas, hallándose además la Prusia resuelta á no hacer concesiones. La Sajonia, que era el único Estado capaz de oponer algunas dificultades, estaba ocupada militarmente, y el mismo rey Juan se trasladó á la córte de su nuevo aliado, donde indudablemente se le dió á entender de una manera bien clara toda la trascendencia de los compromisos que habia firmado, venciendo así sus últimos escrúpulos. En su consecuencia, el plenipotenciario sajon, M. de Friesen, que se habia negado en un principio á asistir á la conferencia, tomó parte en sus trabajos desde 1.º de enero de 1867.

Giraron principalmente las discusiones sobre las cargas pecuniarias y militares que habian de imponerse á los confederados: en definitiva, las proposiciones prusianas sufrieron muy leves modificaciones, y el 8 de febrero se separó la conferencia despues de haber firmado el pacto federal que la Prusia se obligaba á someter al Parlamento.

La constitucion de la Confederacion del Norte consta de quince títulos, que regulan del siguiente modo la naturaleza y la estension del pacto, la organizacion de los poderes federales y sus atribuciones.

I. *Territorio federal.*—Se compone de los estados de Prusia con Lauenburgo, Sajonia, Mecklemburgo-Schwerein, Mecklemburgo-Strelitz, Sajonia-Weimar, Oldenburgo, Brunswick, Sajonia-Meiningen, Sajonia-Altenburgo, Sajonia-Coburgo-Gotha, Anhalt, Schwarzburgo-Rudolstadt, Schwarzburgo-Sonders-

hausen, Waldeck, Reuss (línea primogénita), Reuss (línea segundogénita), Schaunburgo-Lippe, Lippe, Lubeck, Brême, Hamburgo y la parte del gran ducado de Hesse situada en la orilla del Mein.

II. *Legislacion federal.*—La confederacion ejerce el derecho de legislacion en los límites trazados por el pacto constitucional. Las leyes federales son preferentes á las leyes particulares de los estados confederados. Estos conservan su autonomía legislativa, política y civil para los objetos que no estén sometidos á la vigilancia de la legislacion de la Dieta. Estos objetos son: la organizacion militar de la Confederacion y de la marina de guerra, las contribuciones aplicadas á los gastos federales, el derecho penal y comercial, el procedimiento civil, la ejecucion de las sentencias, la propiedad intelectual, los privilegios de invencion, las aduanas, el comercio, los bancos, la representacion consular, la marina, los correos, los telégrafos, los ferro-carriles, las carreteras, la navegacion interior por vías comunes, las monedas, los pesos y medidas y la policía sanitaria. Existe para el territorio federal un *indigenato* ó nacionalidad comun, cuyos derechos acompañan á los ciudadanos en cualquier estado á que se trasladen: respecto del extranjero, todos los ciudadanos tienen igual derecho á la proteccion federal.—El poder legislativo se ejerce por dos asambleas: el Consejo federal y el Parlamento. El acuerdo de las mayorías de ambas asambleas es necesario y suficiente para una ley federal.

EL GENERAL BOURBAKI, JEFE DE LA GUARDIA IMPERIAL DE FRANCIA.

III. *Consejo federal.*—Se compone de los representantes de los estados confederados (1), que se reparten en 7 comités, correspondientes á las atribuciones generales de la Confederacion, y tienen el derecho de presentarse en el Parlamento y de ser oidos para defender las opiniones de sus gobiernos, aun cuando estas no hayan sido adoptadas por el Consejo federal. No pueden ser miembros del Parlamento.

IV. *Presidencia de la Confederacion.*—Constituye el poder ejecutivo y pertenece á la corona de Prusia. El presidente representa la Confederacion en sus relaciones internacionales, declara la guerra, hace la paz, firma los tratados (con el consentimiento del poder legislativo cuando estos tratados se refieran á materias de su competencia); convoca el Parlamento y el Consejo federal, los abre, los suspende y pronuncia su clausura; presenta al Parlamento las proposiciones acordadas por el Consejo; promulga las leyes federales y vela por su aplicacion por medio de funcionarios especiales, que él designa; nombra un *canciller federal,* que preside

(1) Los votos del Consejo federal se hallan repartidos como en la asamblea de la antigua Dieta, esto es: Prusia, con los Estados incorporados, 17 votos; Sajonia, 4; Mecklemburgo-Schewerein, 2; Brunswick, 2, y cada uno de los demás estados, 1: en todo, 43 votos.

LA GUERRA.—NOTABLE CARGA DE CABALLERÍA DADA POR LOS REGIMIENTOS DE CORACEROS 8.º Y 9.º EN LA BATALLA DE REICHSHOFFEN PARA PROTEGER LA RETIRADA DEL EJÉRCITO DE MAC-MAHON.

FEDERICO GUILLERMO, PRÍNCIPE HEREDERO DE LA CORONA DE PRUSIA.

el consejo y es responsable de las medidas adoptadas por la presidencia para la ejecucion de las resoluciones federales. Los confederados que no cumplan con los deberes que este título les impone pueden ser obligados por via de ejecucion. Esta ejecucion, decretada y llevada á término por el jefe de guerra federal, que la comunica al Consejo, puede estenderse hasta el secuestro del pais y de sus poderes gubernamentales.

V. *Parlamento.*—El Parlamento es elegido por el sufragio universal directo, para tres años, y no puede ser disuelto sino por una resolucion del Consejo federal, de acuerdo con la presidencia. El Parlamento posee el derecho ilimitado de interpelacion, de enmienda y de iniciativa en materia de leyes; recibe peticiones, nombra su mesa y hace su reglamento; no puede ser suspendido por más de treinta dias, y la suspension no puede renovarse durante la misma legislatura sin su propio consentimiento. Los empleados públicos pueden ser miembros del Parlamento; pero todo diputado que acepte un empleo y todo diputado empleado que acepte un ascenso ó aumento de sueldo deben someterse á una reeleccion. Los diputados disfrutan de las inmunidades parlamentarias; no pueden ser perseguidos judicial ó disciplinariamente por sus votos ó por las palabras pronunciadas en el ejercicio de sus funciones. No pueden cobrar ningun sueldo ó indemnizacion en concepto de diputados del Parlamento. Las deliberaciones son públicas; las reseñas ó estractos de las sesiones que estén conformes con la verdad, no se hallan sujetos á responsabilidad alguna.

VI. *Aduanas y comercio.*—Queda establecida una completa reciprocidad entre los Estados confederados. La Confederacion arregla esclusivamente los impuestos sobre el consumo del azúcar indígena, de la sal, del aguardiente, de la cerveza y del tabaco. La recaudacion y administracion de las aduanas y de la contribucion de consumos quedan á cargo de cada estado en la proporcion y medida en que actualmente se hallan, bajo la vigilancia de la presidencia. El producto de estas contribuciones ingresará en las arcas federales. Las ciudades anseáticas subsisten como puertos francos.

VII. *Ferro-carriles.*—Los ferro-carriles deberán administrarse como una red única, de manera que faciliten el trasporte de los viajeros y mercancías, con la reduccion de las tarifas y la simplificacion de los trayectos.

VIII. *Correos y telégrafos.*—Los correos-telégramos serán administrados como instituciones comunes, bajo la direccion superior de la presidencia; se cubrirán los gastos con los ingresos comunes, y el remanente ingresará en las arcas federales.

IX. *Marina y navegacion.*—La marina de guerra federal se halla á las órdenes del rey de Prusia, quien establece su organizacion, nombra los oficiales y empleados, que le prestan juramento, y toma á su servicio los soldados y tripulaciones. Este servicio es obligatorio para toda la poblacion marítima, y el contingente dado á este efecto se deducirá del ejército de tierra. Los puertos de Kiel y de la Rahde son puertos federales. Se cubrirán los gastos con los fondos de la caja federal. Los buques mercantes de todos los estados federales forman una marina mercante unitaria. El pabellon de la marina de guerra y de comercio es negro, blanco y encarnado.

X. *Consulados.*—Los consulados dependen de la presidencia. Se suprimirán todos los consulados de los estados particulares, tan luego como la organizacion de los consulados federales se halle terminada.

XI. *Organizacion militar de la Confederacion.*—Todo ciudadano de la Confederacion está obligado al servicio militar, sin poder redimirse. El servicio es de siete años en el ejército permanente, tres de ellos en el ejército activo y cuatro en la reserva, y además cinco años en la *landwehr*. Hasta fin de 1871, el número de presentes en tiempo de paz se halla fijado en 1 por 100 de la poblacion, y los estados particulares están obligados á abonar á la caja federal 225 thalers (840 pesetas) por hombre. Despues de 1871, el presupuesto federal y el efectivo del ejército se fijarán por leyes federales. Todos los contingentes forman un solo ejército al mando del rey de Prusia, jefe de guerra federal, y se hallan sometidos á todos los reglamentos y ordenanzas vigentes en Prusia. Las tropas prestarán juramento de obediencia al jefe de guerra federal. Éste nombra los comandantes superiores de los contingentes; los oficiales generales no pueden ser nombrados sin su consentimiento. Siempre que convenios particulares no dispongan lo contrario, los estados confederados nombrarán los oficiales de su contingente. Los soberanos son jefes de las tropas de sus respectivos territorios y disfrutan de los honores anexos á este título. Los regimientos tendrán números correlativos en todo el ejército federal. En el uniforme se tomarán por base los colores y el córte del ejército prusiano. Los jefes de los contingentes tendrán el derecho de establecer ciertas insignias esteriores.

XII. *Hacienda federal.*—Se fijarán los presupuestos al fin de cada año por medio de una ley. Los ingresos se componen de los productos de las aduanas, de la contribucion de consumos y de los correos y telégrafos. Si estos ingresos no bastasen para cubrir los gastos, los diferentes estados deberán satisfacer contribuciones á prorata de su respectiva poblacion. La presidencia dará cuenta anualmente al poder legislativo de la inversion de los ingresos.

XIII. *Altercados y disposiciones penales.*—Los altercados entre dos ó más estados de la Confederacion serán juzgados, á instancia de una de las partes, por el Consejo federal. Éste recibe las quejas y provee.

XIV. *Disposiciones generales.*—Las reformas de la constitucion federal se llevarán á cabo por via de legislacion; pero en el Consejo federal será necesaria para estas modificaciones la mayoria de las dos terceras partes de los votos representados.

XV. *Relaciones con los estados del Sur.*—Estas relaciones se establecerán en tratados particulares, que deberán someterse al Parlamento. El ingreso de los estados del Sur, ó de uno de ellos, en la Confederacion, tendrá lugar á propuesta de la presidencia y por via de legislacion federal.

Esta constitucion, segun se ve, tenia un carácter práctico muy pronunciado. No contenia ninguna declaracion de principios; pero los intereses económicos ocupaban en ella un lugar considerable y se hallaban definidos y regularizados con una atencion minuciosa: rasgo distintivo de todas las creaciones de la política positiva que habia preparado la preponderancia de la Prusia, por medio de los tratados de comercio, y principiado la unidad alemana con el Zollverein.

Preparado el pacto de este modo, faltaba presentarlo á la sancion de la representacion nacional. Las elecciones se verificaron el dia 12 de febrero de 1867 en toda la Alemania del Norte, sobre las bases de la ley del 12 de abril de 1849, es decir, por el sufragio universal directo, á razon de un diputado por cada 100.000 almas y de un mínimum de 50.000 almas por circunscripcion electoral. Precedió á las elecciones un gran movimiento en la prensa y en las reuniones públicas; mas, sin embargo, la agitacion no fué tan viva como habia motivos para esperar de un pais que tantas veces habia reclamado la universalidad del voto. No se tenia aun la práctica ni el conocimiento del nuevo régimen; los partidos, con una organizacion muy incompleta, se hallaban desorientados; la opinion estaba incierta: se conocia de un modo muy vago las cuestiones que los diputados tenian que examinar, y hasta se ignoraba lo que seria en realidad la asamblea que se iba á elegir, si constituyente ó simplemente consultiva, y, finalmente, el prestigio de la política esterior de la Prusia habia seducido muchas inteligencias, que se inclinaban á dejar á esta nacion que acabase libremente la obra que con tanta fortuna habia comenzado. Por todas estas causas, la oposicion radical perdió mucho terreno, y la mayoría era de un nuevo partido formado á consecuencia de los sucesos de 1866.

Despues de Sadowa, nadie podia ya desconocer que el porvenir de la Alemania se hallaba resueltamente ligado con el porvenir de la Prusia, y éste fué el primer paso dado en el camino de una avenencia. Es indudable que las tendencias prusianas causaban sérias inquietudes á muchos patriotas sinceros, que vacilaban, y con razon, en aliarse á la «política de sangre y fuego» que tanto habian censurado; mas cuando se vió, despues de la victoria, al rey Guillermo, que, en vez de enorgullecerse con su triunfo, solicitaba un voto de confianza, entraba de nuevo en la legalidad y se manifestaba, en fin, dispuesto á gobernar de una manera rigurosamente parlamentaria, la repugnancia comenzó á desvanecerse y las vacilaciones disminuyeron. El movimiento que se produjo entonces en las Cámaras prusianas se estendió poco á poco á la Alemania entera. Aceptáronse las indicaciones amistosas del gobierno vencedor; la reconciliacion fué completa, y el convenio prontamente realizado.

Entre los ultra-conservadores, alarmados de las exigencias revolucionarias, y los progresistas puros, que no querian transacciones, se formó un partido que no tardó en ser muy numeroso y que tomó el nombre de *Nacional-Liberal*, reconociendo por jefes á los señores Forkenbeck, Twsten, Michaelis, Lasker y Gneist, á los cuales se unió luego el hannoveriano Benningser, jefe del *Nacional-Verein*. La política que adoptó este partido demostró claramente cuán profunda y decisiva era la impresion que la omnipotencia de los hechos habia causado en todos los ánimos. Se hallaban resueltos los nacionales liberales á impulsar la obra unitaria á despecho de todas las resistencias, y estaban decididos á desafiar la opinion extranjera, provocándola en caso de necesidad y á adelantarse al ministerio que un año antes trataban de temerario. Tal era el partido que venció en estas primeras elecciones, y que iba á adquirir en el Parlamento mayor cohesion y disciplina. En resúmen, el ministerio prusiano logró un triunfo completo.

Mientras el Norte se hallaba ocupado en tan importante asunto, los Estados del Sur trataban de organizarse en los límites estrechos que se habian señalado á su vida política. Gozaban del derecho de reunirse en confederacion separada; pero á más de que se sentian ligados por sus tratados secretos con la Prusia, estaban harto divididos en opiniones para establecer un acuerdo eficaz: faltábales un centro y un apoyo. La Baviera hubiera querido servirles en ambos conceptos; pero ni sus fuerzas ni su energía se hallaban á la altura de su ambicion. El ministerio de Munich habia cambiado, y desde el mes de enero, M. de Pfordten fué sustituido por el príncipe de Hohenlohe, cuyas simpatías prusianas eran demasiado patentes para que pudiera esperarse de él un esfuerzo poderoso en favor de la autonomía.

Esto no obstante, el 9 de enero de 1867, una circular dirigida á las legaciones bávaras en Stuttgart, Carlsruhe y Darstadt invitaba á los tres gabinetes de Wurtemberg, Hesse y Baden á que enviasen representantes á una conferencia para deliberar acerca de las condiciones de una nueva Carta federal. Baden rehusó la alianza eventual de la Baviera, y la conferencia que se reunió en Stuttgart el 3 de febrero y se separó el 5, no discutió más que el proyecto de una reorganizacion militar comun. Los estados decidieron que habia lugar á proponer á las Cámaras respectivas que aumentasen todo lo posible los armamentos aplicando las bases de la organizacion prusiana, «á fin de que (decia el protocolo) haya union de toda la Alemania para asegurar la integridad de su territorio.» Debian tener lugar, con este objeto, conferencias militares en Berlin el 1.º de octubre. En cuanto á las fortalezas de Ulm y de Rastadt, la solucion de las cuestiones que á ellas se referian quedaba aplazada hasta la conclusion de las conferencias para la liquidacion de la Dieta.—Así que, el único resultado de esta tentativa de arreglo fué facilitar la ejecucion de los tratados celebrados con la Prusia.

La situacion de los estados del Sur era verdaderamente precaria. La Prusia los hostigaba un dia y otro para que se uniesen cada vez más estrechamente con ella, y en el interior, se agitaban los partidos democrático y unitario. Inquietos y alarmados, repugnándoles la anexion, pero obligados á transigir de una parte con las aspiraciones del pueblo y de otra con las ambiciones prusianas, los gobiernos del Sur creyeron conciliarlo todo aliándose con la Prusia. El príncipe de Hohenlohe pronunció dos discursos (19 y 23 de enero) que causaron gran sensacion y que se consideraron como el programa de la política de Baviera. «La unidad de accion para toda Alemania (decia en uno de estos discursos) es el fin que se propone el gobierno; pero desea la unidad que resulta del acuerdo de los contratantes y no de la voluntad de uno solo. Esta unidad de accion no puede alcanzarse inmediatamente: las estipulaciones de Praga se oponen á su realizacion, y despues de todo, la Confederacion del Norte es demasiado unitaria, al paso que una Confederacion del Sur encerrada en sí misma es impracticable. Por lo pronto, la Baviera no puede subsistir sin contraer alianza con un estado poderoso, y este estado no puede ser otro que la Prusia.» En cuanto á Hesse, ligada

á medias con la Confederacion del Norte, no tenia ya más que un camino, y la necesidad le ordenaba imperiosamente que guardase todo género de deferencias á la Prusia.

Tal era la situacion de Alemania cuando se verificó la apertura del Parlamento del Norte, que tuvo lugar con gran pompa en Berlin el 24 de febrero de 1867. Despues de haber asistido á una ceremonia religiosa, los diputados se trasladaron á palacio, donde el rey, en medio de toda su córte, rodeado de grandes dignatarios que llevaban la espada, el globo, el cetro y la corona, pronunció, cubierto y sentado en su trono, el discurso de bienvenida; en el que, despues de insistir sobre la necesidad de que se consolidase la union del pueblo aleman, bajo tan felices auspicios comenzada, dió las gracias á los confederados por su generosa abnegacion y dejó traslucir la idea de que el gobierno prusiano trataria de entenderse con los Estados del Sur tan luego como la obra constitucional estuviese suficientemente avanzada para permitirlo, añadiendo:

«... ninguna mira de conquista ha inspirado el actual movimiento, nacido esclusivamente de la necesidad de asegurar al vasto territorio que se estiende desde los Alpes hasta el Báltico, las condiciones de una verdadera existencia nacional que los sucesos de los últimos siglos habian dificultado. Las potencias lo han comprendido así, y ven sin inquietud y sin envidia á la Alemania entrar en posesion de la unidad gubernamental de que ellas disfrutan despues de tanto tiempo. El triunfo definitivo no depende ya más que de nosotros. Dios querrá que tantos esfuerzos no sean estériles y que nuestros hijos se acuerden con agradecimiento de esta Dieta fundadora de la unidad, de la libertad y del poder de Alemania. Yo os suplico, señores, en nombre de todos los gobiernos confederados, que nos ayudeis á concluir con mano rápida la grande obra nacional.»

Mr. de Bismarck, canciller de la Confederacion, declaró abierta la legislatura, y el Parlamento se reunió el 25. Abundando por completo en las ideas del canciller, la Cámara decidió que, aun antes de formar su reglamento, discutiria inmediatamente el proyecto de Constitucion federal. La discusion general empezó el 9 de marzo y duró hasta el 18, tomando desde los primeros dias un carácter favorable á las miras de la Prusia. Sin embargo, levantóse una viva oposicion contra las disposiciones que sustraian de hecho á las Cámaras prusianas la facultad de intervenir en los gastos militares especiales de la Prusia y disminuian sus prerogativas en materia de presupuestos. Mr. de Bismarck contestó á estas críticas en un largo y notable discurso, que resumia el debate y terminaba con esta frase, donde está compendiado quizás todo el pensamiento político del eminente estadista prusiano:

«Trabajemos sin descanso, señores. Pongamos á la Alemania en el arzon, que ella cabalgará por sí sola.»

Entróse luego en la discusion por artículos, y, con leves enmiendas, el proyecto de Constitucion que habia presentado la Prusia fué aprobado, en 15 de abril, por 230 votos contra 53.—El Parlamento habia terminado sus tareas, cerrándose solemnemente la legislatura el 17 de abril. En un discurso de carácter pacífico y conciliador, el rey felicitó á los diputados del Parlamento por haber sabido sacrificar sus aspiraciones privadas y locales á la causa comun.

La Alemania se hallaba, pues, constituida conforme á las ideas, aspiraciones é intereses de la Prusia; el triunfo de esta nacion habia sido mayor y más completo, si cabe, en el Parlamento aleman que en los campos de batalla de Bohemia, pues si bien allí habia hundido en el polvo la preponderancia de su rival el imperio austriaco, en el terreno legislativo habia alcanzado una victoria más importante y trascendental, transformando la manera de ser de los estados alemanes, deshaciendo la antigua Confederacion germánica y, en una palabra, rasgando con mano atrevida los tratados de 1815, tratados que se escribieron, es verdad, en ódio á la democracia y á la revolucion; pero que por otra parte establecian el derecho constitucional de las naciones como derecho europeo y formaban un valladar útil contra las amenazas del depotismo monárquico. Habiase roto el equilibrio que por espacio de cincuenta y dos años pudo mantener la paz entre las monarquías del Occidente y del Mediodia de Europa, tan encontradas y divididas por intereses dinásticos y por añejas y menguadas preocupaciones. Desde este momento, principiaron para la diplomacia europea los sordos rencores, las disimuladas inquietudes, los reprobados manejos, las amenazas interminentes y ese estado, en fin, tan ruinoso como precario á que se dió el nombre peregrino de «paz armada» y que no podia tener otro desenlace que el choque de las dos potencias más interesadas en sacar triunfante, la una el antiguo y la otra el nuevo régimen. En nuestro inmediato y último artículo veremos cómo fué agravándose rápidamente este estado de cosas, de 1867 á 1869, haciendo fatalmente inevitable el conflicto que hoy todo el mundo deplora.

J. M. y L.

FEDERICO GUILLERMO,

PRÍNCIPE HEREDERO DE LA CORONA DE PRUSIA.

Entre los generales del ejército prusiano que más se han distinguido en la sangrienta campaña que hoy preocupa á todo el mundo, descuella por su valor y pericia militar el príncipe cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores en la página 297. Este ilustre heredero de la corona de Prusia nació el 18 de octubre de 1831. Desde muy niño tuvo por ayos al profundo pensador Godet y al no menos erudito Duncker, quienes lograron despertar en su corazon los filantrópicos y humanitarios sentimientos que hoy le caracterizan. Moltke y Von Roon completaron su educacion, y á estos insignes generales debe la gran táctica militar que ha dado la victoria á las legiones de su mando en Wörth y Wissemburgo.

El 25 de enero de 1858 contrajo matrimonio con la princesa real de Inglaterra, y desde esta época le vemos figurar en todas las campañas de la Prusia. En Dinamarca se distinguió ya notablemente á las órdenes de su primo el príncipe Federico Cárlos, y al declararse la guerra entre Austria y Prusia fué nombrado general, confiándole el gran estratégico Moltke, su maestro, la ejecucion de los principales movimientos que prepararon el memorable triunfo de Sadowa.

En la campaña actual sus intrépidas legiones han obtenido siempre la victoria y son al parecer las llamadas á decidir esta lucha de titanes que lleva ya inmoladas más de 200.000 víctimas. Mientras llega ese anhelado instante de luto y alegría, limitémonos á recordar algunos rasgos de su magnánimo corazon, por los que nuestros lectores podrán apreciar las elevadas prendas de carácter que tantas simpatías le han grangeado entre sus mismos enemigos. En prueba de ello vamos á reproducir algunos párrafos de una carta del corresponsal de *El Figaro*, Mr. Chabrillart, hecho prisionero en la batalla de Wörth:

»Al presentarme ante el príncipe heredero, dice el escritor á que nos referimos, tuve la satisfaccion de escuchar de sus lábios los más entusiastas elogios sobre el valor y disciplina del ejército francés.

»Despues de tranquilizarnos acerca de nuestra suerte, añade Mr. Chabrillart, el príncipe se ofreció espontáneamente á dar direccion á las cartas que los prisioneros quisieran dirigir á sus respectivas familias, aconsejando á todos que lo hiciesen para enjugar algunas de las muchas lágrimas que habia de costar aquella sangrienta jornada.

»Al darle las gracias por tan grato ofrecimiento, no olvidaré jamás que profundamente conmovido nos interrumpió diciendo:

—¡Bien sabe Dios que he emprendido la guerra contra mi voluntad! Sí, caballero, la detesto, la maldigo, y si llegase á ocupar el trono de mis mayores, creedme, la paz seria mi única ambicion.»

Estas sentidas frases que *El Figaro* acoge sin reserva alguna, no necesitan comentarios; bastan por sí solas para caracterizar al ilustre príncipe cuya biografía acabamos de trazar á grandes rasgos.

GLORIAS VASCONGADAS.

EXCMO. SR. DON ESTANISLAO DE URQUIJO, PADRE DE PROVINCIA DE ÁLAVA.

I.

Cuando el viajero que huye en los veranos del sol abrasador de las provincias castellanas, andaluzas ó aragonesas, traspone el Ebro en Miranda y continúa su espedicion en busca de las frescas brisas de las hospitalarias playas vizcainas, se regocija al aspirar el aire puro y libre de las siempre verdes montañas vascongadas.

Nos lamentamos sinceramente de que en estos tiempos en que tanto se escribe, no se haya publicado un *álbum* para los que recorren la noble tierra euskara, cuyo libro debiera colocarse en sus manos en la estacion de Miranda de Ebro, á fin de que, además de admirar las maravillas que á la vista les ofrece la naturaleza, el mundo material, admirasen tambien las maravillas que en su seno encierran la historia, la tradicion, las costumbres de estos pobres y felices pueblecitos, aldeas y caseríos, el mundo moral. Nosotros deseamos que á esos *Guias del viajero*, generalmente áridos y desabridos que solo indican los nombres de los pueblos, las distancias y otros datos estadísticos, sustituyeran libros que alimenten agradablemente el espíritu del lector refiriéndole cuanto noble, caritativo, elevado y digno de loa y de remembranza hubiera acaecido en las localidades que rápidamente recorremos al estridente silbido de la locomotora.

El *álbum* que nosotros soñamos, no enseñaria al viajero las mejores fondas, pero sí las escuelas y casas de beneficencia más notables, y sobre todo la casa, el pueblo y los hechos de los hombres más benéficos, caritativos, mas sinceramente católicos.

Desde Miranda de Ebro á Bilbao ó á Irun viajarian entonces las gentes como encantadas de tantas maravillas morales y sociales, á la par que materiales, porque hay abundante materia para alimentar así el corazon del niño angelical como la imaginacion de la jóven impresionable, la reflexion del hombre maduro y esperimentado y para rejuvenecer la sensibilidad del ya débil anciano.

Mas como nosotros, ni tenemos tiempo ni las facultades indispensables para escribir un libro tal cual lo hemos concebido, esperaremos á que lo hagan otros literatos admiradores del solar vascongado, y habremos de contentarnos con ofrecer á los que viajen por el ferro-carril del Ebro á Bilbao, breves noticias de un tipo perfecto de caridad cristiana que ejerce esta virtud católica en condiciones admirables, muy especialmente en uno de los valles más pintorescos de la provincia de Alava, de la cual es uno de sus hijos más distinguidos, una verdadera gloria, así como de toda la nobilísima grey vasco-navarra.

Nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos al Excmo. Sr. D. Estanislao de Urquijo, Padre de provincia de Alava.

II.

Desde que en Miranda de Ebro deja el viajero á su espalda las áridas Castillas, cambia completamente el paisaje, y despues de recorrer velozmente las pintorescas hermandades de *La Ribera*, *Cuartango* y *Urcabustaiz*, de admirar los frondosos y gigantescos montes de Altuve, en la hermandad de *Zuya*, y descender por la hermandad de *Aorastavia*, en Alava, á la ciudad de Orduña del Señorío de Vizcaya; parécele que todo ha sido un sueño fantástico, una ilusion que el tren con su potente máquina y vagones y viajeros haya podido subir y bajar las altísimas montañas á cuyas cumbres no pudieron remontar el vuelo las águilas de los ejércitos romanos que conquistaron el mundo, menos este rincon apartado.

Apenas se sale de la estacion de la única ciudad vizcaina, y sin que hayamos concluido el respetuoso saludo que dirigimos á la milagrosa y santa Imágen de Nuestra Señora de la *Antigua*, entramos de nuevo en el territorio de Alava y nuestros ojos buscan con anheloso afan los pueblos y valles de Amurrio, Olavezar, Murga, Llodio y Orozco, este último del Señorío de Vizcaya y todos ellos los lugares tan humildes como gloriosos elegidos por el señor de Urquijo para ejercer actos infinitos de caridad y amor al prójimo. No quiere decir esto que el bondadoso señor de Urquijo no haga limosnas de consideracion en otros pueblos, pues su caridad se estiende á todas partes, sino que nosotros nos proponemos hablar principalmente de las de este rincon de Alava, y más en particular todavía de las del valle de Llodio.

A corta distancia de Amurrio, cabeza del partido judicial de su nombre, se halla situado el pintoresco valle de Llodio, promediando el camino entre Orduña

MINISTERIO DE EDUCAO INSTITUTO DE AR

LA GUERRA.—SALIDA DEL NUEVO CONTINGENTE DE TROPAS ALEMANAS PARA FORMAR EL 4.º EJÉRCITO QUE MANDA EL PRÍNCIPE DE SAJONIA.

y Bilbao. Divídese en las barriadas de *Larrea*, *Gogenuci*, *Larrazabal*, *Olarte*, *Irusi* y *Durirsis*. El valle de Llodio perteneció en lo antiguo al Señorío de Vizcaya y asistió á las Juntas so el árbol de Guernica, y allí le encontramos figurando el 30 de julio de 1476, cuando el gran rey Fernando el Católico *juró* y confirmó solemnemente los *Fueros*. Copiaremos algunos párrafos del acta de aquella augusta ceremonia.

«Y el dicho señor rey dijo, que él era allí venido para así como rey de Castilla y de Leon, et como señor de Vizcaya á hacer el dicho juramento, et que le plació de lo hacer, y luego dijo que juraba y juró á Dios y á Santa María y las palabras de los Santos Evangelios donde quiera que estén y á la señal de la cruz ✝ que con su mano real derecha corporalmente tañió en una cruz que fué tomada del altar mayor de la dicha Iglesia con un crucifijo en ella *que su alteza juraba é confirmaba y juró y confirmó sus fueros y quadernos y buenos usos y buenas costumbres y privilegios y franquezas y libertades y mercedes y lanzas y tierras y oficios y monasterios*..... segun que mejor les fué guardado en tiempo de los otros reyes y señores que han sido del dicho condado..... Y luego incontinenti el dicho rey nuestro señor, el dicho dia y hora salió de la dicha Iglesia, su alteza se asentó en una silla de piedra, que está so el dicho árbol en su estrado et aparato real de brocado, y estando allí..... dixiron que lo recibian y recibieron, afirmándose en la obediencia y recibimiento que tenian hecho por rey de Castilla y de Leon y *señor de Vizcaya*, y le besaron la mano.....» Cúpoles la honra de representar á la Merindad de Llodio en dia tan célebre á *Diego Fernandez de Ugarte et á Pero Ortiz de Anuncibay*.

Los de Llodio habian pertenecido á la *Cofradía de Arriaga* en épocas muy remotas, y en el año de 1291, aparece entre los *cofrades* el señor Lopez de Mendoza, uno de los primeros ricos-homes de aquel valle, por lo cual encontramos natural que se uniera á la provincia de Alava, segregándose de Vizcaya en 15 de febrero de 1491, desde cuya fecha constituye una de sus hermandades y pertenece á la Cuadrilla de Ayala.

En Llodio se han celebrado las Juntas generales de mayo por la provincia de Alava, en los años de 1855, 1867 y 1870, distinguiéndose sus habitantes por el cariño y buena acogida que siempre han dispensado á los señores procuradores.

Es Llodio una poblacion de 400 vecinos próximamente, diseminados en caseríos, donde se habla el vascuence; y por la lengua, las costumbres, el traje y las leyes forales que disfrutan, conservan sus moradores el tipo más puro euskaro. Distínguense los hijos de este valle por su laboriosidad, economía, valor y sentimientos humanitarios y caritativos hasta con sus más declarados enemigos, como lo tienen demostrado en las guerras de la independencia y la última civil. Los cortos momentos que los trenes paran en la estacion de Llodio, los aprovechamos siempre en contemplar la iglesia parroquial dedicada á San Pedro de Lanuza, las casas de campo de los señores Olavarrieta, Bárba-

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

ra, Salazar, Eguia, Sainz Pardo, y, sobre todo, las magníficas escuelas de niños y de niñas, monumento hermoso de caridad católica que ha levantado el escelentísimo señor don Estanislao de Urquijo. Pero de esta obra preciosísima nos ocuparemos más despacio y en el lugar correspondiente al plan que nos hemos trazado.

Dadas estas noticias generales y preliminares, entraremos más concretamente en materia.

RAMON ORTIZ DE ZÁRATE.

SALIDA DEL NUEVO CONTINGENTE

DE TROPAS ALEMANAS PARA FORMAR EL 4.º EJÉRCITO QUE MANDA EL PRÍNCIPE DE SAJONIA.

Berlin, esa ciudad tranquila por escelencia, es hoy la capital que más vida ofrece, merced á las múltiples manifestaciones del indescriptible entusiasmo que los últimos hechos de armas de las victoriosas huestes prusianas han despertado entre sus pacíficos habitantes.

El grabado de la pág. 300 representa una de las escenas que tienen lugar á cada instante en las calles de Berlin al cruzar los trenes de los ferro-carriles de sangre construidos recientemente en las mismas para facilitar el trasporte del material de guerra entre las estaciones de las afueras.—Todo cuanto pudiéramos decir acerca de estos verdaderos accesos de entusiasmo público seria pálido, comparado con la realidad: los alemanes han perdido su natural austeridad, y hoy, ébrios con el placer de la victoria constituyen el pueblo más espansivo de Europa.

Es natural la alegria que se refleja en todos los semblantes, y justos son tambien los obsequios tributados á los valientes que parten á los campos de batalla dispuestos á derramar su sangre en holocausto de la madre pátria.

Respecto al vivac prusiano, poco podremos añadir á la idea que por la simple inspeccion del respectivo grabado habrán podido formarse nuestros lectores. Estos cuadros llenos de vida y movimiento se sienten mejor que se describen, y basta contemplarlos para apreciar desde luego toda la poesía que encierran tales intérvalos de paz despues de sangrientas jornadas.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
INSTITUTO DE ...

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

I.

¿Quién es la Hermana de la Caridad?

¿La conoceis vosotros los que habitais en magníficos palacios? ¿La habeis visto alguna vez entre los mercenarios sirvientes que os rodean ó entre los oficiosos amigos que os adulan?

Los que gozais algunos dias de reposo, y en el seno de vuestras familias nunca echais de menos los afanes de una madre, los cuidados de una esposa, ni el cariño filial de vuestros hijos, ¿comprendeis quién es una Hermana de la Caridad?

Sin duda habrán llegado á vuestros oidos los rasgos sublimes de abnegacion y de valor que distinguen á estas virtuosas mujeres; pero seguramente no podeis apreciar en todo su valor el heroismo, la ardiente caridad y la santa resignacion que las anima y embellece.

Para conocer la sublimidad de estas santas mujeres, para sentir los efectos de su noble solicitud, para hallarlas á nuestro paso, es preciso que arrostremos grandes peligros, que suframos grandes infortunios y que nos hallemos en las más tristes situaciones de la vida. Allí, en el camino de la amargura, en los momentos de desesperacion y de abandono, cuando en nosotros pierde la materia su vigor y su poderío, cuando en medio de los más acerbos dolores contamos los minutos de nuestra existencia, entonces es cuando el cielo nos envia á la Hermana de la Caridad para calmar nuestros sufrimientos, para fortalecer nuestros espíritus abatidos, para hacernos sentir un consuelo grande, inmenso, y mil veces superior á los dolores que nos atormentan.

Entonces la calma y la resignacion sustituyen á nuestra impaciencia; la muerte, que para nosotros fuera una amenaza terrible, se convierte en una dulce esperanza, y cesan nuestros ódios, y solo se albergan en nuestros corazones sentimientos de gratitud, de admiracion y de felicidad.

Sí; tales son los efectos de la caridad, personificada en estas humildes mujeres, que llevan consigo el celeste don de endulzar el ambiente que nos rodea y de inspirarnos con sus admirables ejemplos los más nobles y levantados sentimientos.

Esta es la Hermana de la Caridad.

Ángel humano que se acerca á nuestro lecho de muerte, que nos anima con una celestial sonrisa y nos presta armas colosales para vencer los rigores del infortunio.

Es el rayo de luz que viene á disipar nuestros pensamientos lúgubres y tenebrosos, trasportándonos á otra vida espiritual donde el veneno de las pasiones no puede infiltrarse en nuestras almas.

Es la voz de Dios que nos dice: «Paz, resignacion, confianza.»

II.

Acerquémonos á un campo de batalla.

Dos ejércitos poderosos se disputan el triunfo, y emplean, con creciente é implacable saña, todos los medios de destruccion que les ofrecen los adelantos de nuestro siglo.

La ira preside en aquel horroroso cuadro.

Matar ó morir. Tal es el pensamiento de los combatientes; cien cañones arrojan mortífera metralla, y mil y mil bayonetas se cruzan entre los soldados de una y otra parte. Todos, sedientos de gloria, derraman sin piedad la sangre de sus semejantes, incéndianse las aldeas, desplómanse los edificios, y las víctimas se multiplican á medida que los gritos de venganza resuenan sin cesar en el espacio.

En vano clama el moribundo, demandando auxilio con lastimera voz, al ver que la vida se le acaba y que apenas puede incorporarse en la dura tierra que le sirve de lecho. Sus mismos compañeros le abandonan; todos se alejan de su lado. Tan solo escucha las detonaciones de las armas, los desaforados gritos de los que combaten, y el silbido de las balas que siente cruzar sobre su cabeza. ¿Qué le resta ya? Morir, y morir abandonado, lejos de su pátria, falto de socorro, sin tener á su lado á un hermano, ni á un amigo, que reciba su último aliento y lleve á una madre su último recuerdo.

Pero allí donde el furor de la guerra todo lo arrasa y lo destruye, la voz de la caridad viene con sus dulces ecos á templar el rigor de tan inmensas desgracias, y á reparar en lo posible el daño que la fiereza de los hombres no supo contener.

Una mujer débil, indefensa, sin otras armas que las de su fé, sin más interés que el que le inspira su amor á la humanidad, y sin otro temor que el de llegar tarde al socorro del moribundo, cruza heróicamente entre los soldados. Vedla con qué firmeza se adelanta: no hay peligro que la detenga: ha oido un ¡ay! lastimero, y su noble corazon la impulsa á correr al socorro de un herido, de un moribundo quizás: acude á salvar á uno de sus semejantes, y prefiere morir antes que abandonarle á su desgracia.

En tanto aquel infeliz soldado que exánime y cubierto de sangre se veia solo con su desesperacion, siente que le faltan las fuerzas, su voz espira entre sus lábios, y apenas sus ojos pueden distinguir los objetos que le rodean. Pero un ángel llega á su auxilio en el momento de mayor peligro. La Providencia ha escuchado sus lamentos, y le envia á la Hermana de la Caridad para que restañe la sangre de sus heridas, para que le devuelva, con cariñoso afan, la calma, la esperanza, la salud y acaso la felicidad perdida.

Seguid los pasos de esa heróica mujer, su ardiente caridad la presta fuerzas para soportar las mayores fatigas, y para arrostrar mil veces los más inminentes peligros.

Por eso no descansa un momento hasta lograr que el moribundo sea recogido, ni da tregua á sus afanes hasta que la ciencia le ha suministrado ya los auxilios que demanda su aflictiva situacion.

Pero la Hermana de la Caridad no le abandona entonces; no ha terminado aun su bendita obra: para completarla aun tiene que ejercitar nuevos cuidados y sacrificios, aun tiene que añadir nuevos ejemplos de caridad y de paciencia á los que ya diera de abnegacion y de heroismo.

Inclinada junto al lecho del moribundo, contempla atentamente su demacrado semblante; observa su respiracion fatigosa; estudia los progresos de la fiebre; humedece los ardorosos lábios de su protegido con el precioso bálsamo que ha de calmar sus sufrimientos; y cuando cree agotados los recursos de la tierra, se postra al pié del lecho, y elevando sus ojos al cielo, murmura con dulce voz una oracion humilde y fervorosa.

—¡Dios mio! esclama: ¡tened piedad de un desgraciado: no nos abandoneis en estos momentos de agonía: completad vuestra obra ya que habeis guiado mis pasos para que pudiera socorrerle!

III.

Mientras la solícita enfermera atiende con incansable celo al cuidado del herido, ¿qué es lo que pasa en la imaginacion de éste? ¿Se han borrado en su mente todos los recuerdos? ¿Ha cesado la actividad de su alma?

Difícil seria la contestacion á estas preguntas; pero acaso bajo su apariencia cadavérica sufre horriblemente el espíritu de aquel desdichado: acaso en medio de su ensueño fatigoso viven en su imaginacion los recuerdos de la batalla, y se le representan los negros fantasmas que le atormentaran en los momentos de su abandono. ¿Quién sabe si los gemidos de una madre desgarrarán su corazon, ó si el luto de una esposa y el llanto de unos huérfanos inocentes son los objetos constantes de su delirio?

Pero el cielo se apiada al fin de tantos sufrimientos.

El herido abre los ojos y despierta de su letargo.

En vano dirije entonces una mirada al aposento en que se halla; en vano busca á aquellos queridos objetos de su amor; su madre no está allí; tampoco encuentra alrededor de su lecho á su esposa ni á sus hijos. Pero no está solo: una mujer se halla á su lado y le contempla con el mayor interés; es una Hermana de la Caridad. Él recuerda haberlas visto en medio del combate; pero entonces apenas se detuvo á mirarlas.

¡Qué espresion tan dulce hay en su semblante! La ve sonreir y su sonrisa le ofrece una esperanza; la ve dirigir sus ojos al cielo como para dar gracias al Hacedor, y entonces un sentimiento de gratitud le obliga á hacer un ademan para mostrarse reconocido; pero el esfuerzo le arranca un doloroso lamento, y entonces su cariñosa enfermera le dirije palabras de consuelo que caen sobre su alma como un precioso bálsamo que infunde aliento y santa resignacion.

¡Oh! es un ángel, esclama con voz balbuciente.

Y á medida que escucha sus palabras, cree hallar en ella la abnegacion de una madre, el cariño de la esposa y la infantil sencillez de sus queridos hijos.

IV.

Han trascurrido algunos meses.

El moribundo recobró su salud, y gracias á los cuidados de la Hermana de la Caridad, pudo correr á los brazos de su familia.

La pátria, agradecida, recompensó largamente al valiente soldado que por defenderla derramó su sangre en los campos de batalla.

Honores y condecoraciones le recuerdan sus pasados sufrimientos: su porvenir es brillante.

El nombre del herido es objeto de aplausos y de elogios en todas las naciones de Europa, y el mundo entero rinde un tributo de admiracion al ilustre guerrero.

Pero ¿quién entona cantos de triunfo en honor de la heroina de este episodio?

¿Dónde está aquella valerosa mujer que arrostró los mismos peligros que el soldado en aras de su fervorosa caridad? ¿Quién la conoce? ¿Quién puede decir su nombre?

Todos le ignoran, en tanto que ella tal vez ha pagado ya su tributo á la muerte en un hospital, siendo víctima de alguna enfermedad contagiosa.

Pero el que recuerda sus virtudes no puede menos de esclamar:

—¡Era una Hermana de la Caridad, era una mártir valerosa, era un ángel!

Vosotros, detractores de la mujer, leed las crónicas de esas crueles guerras que destruyen las naciones; oid lo que os cuentan los heridos y los enfermos que fueron auxiliados por la Hermana de la Caridad y, si sois hombres honrados, trocareis vuestras invectivas en elogios, y os avergonzareis de haber difamado ayer á la que hoy solo os inspira respeto y admiracion.

F. García Cuevas.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

XV.

LAS ALHAJAS.

Todo lo que sucedia alarmaba más y más á Elena.

Ella no tenia ya duda de que el asesino de su tia era el Pintado.

Los amores de Gabriela y de Estéban habian existido.

El Pintado habia ejercido una horrible venganza prevaliéndose de la facilidad que le daban los viajes nocturnos á Madrid de Estéban, para preparar de tal manera las cosas, que las apariencias, más aún, las pruebas más claras, más terribles, más completas, cayesen sobre la cabeza de Estéban.

Era necesario observar desde la sombra, violentarse, fingirse de una manera perfecta amiga de aquellos dos infames.

Era necesario no cometer ninguna imprudencia.

Y al mismo tiempo la pobre jóven sentia unos horribles celos.

—Esa mujer le fascina aun, decia: ¡oh! ¡sí! ¡su turbacion cuando ha salido de la cárcel!... es necesario desenmascarar á estos dos infames... es necesario salvarle de una manera doble.

Elena ocultó el estado de su espíritu bajo una profunda reserva.

La ayudaba su tristeza á que estaban acostumbrados el Pintado y Gabriela.

En cuanto á éstos, cubrieron tambien el estado de su espíritu bajo un profundo disimulo.

El Pintado tuvo sangre fria bastante para estar decidor y ligero durante la comida.

En cuanto á Gabriela, habia logrado completamente dominarse.

Hé aquí la razon que habia dado de su emocion cuando habia salido de la cárcel:

—Aquello rompe el corazon: yo no tendria valor para volver: está furioso: se ha asido de mí y me ha dicho: ¡yo soy inocente! yo no quiero morir... no quiero

ser infamado; es necesario que se me salve: que se revuelvan el cielo y la tierra... que se encuentre al asesino, y qué sé yo qué más; ¡pero horrible! ¡horrible, Dios mio! ¡ya se ve! ¡nosotros le queremos! es un escelente chico.

Este relato era lo más verosímil del mundo.

—Se hará lo que se pueda, diablo, dijo el Pintado; y luego yo tengo la seguridad de que el asunto no es cosa de ir al palo...

En este momento el mozo que servia la mesa dejó caer un plato.

—Vaya si se hará, repitió el Pintado.

—Pues lo que es esto, señorito, se ha deshecho, dijo el mozo presentando los pedazos del plato.

El Pintado sabia ya que se le esperaba en el número 20 de la calle del Bonetillo.

—Mira, Casimiro, dijo el Pintado: es necesario que envies á uno al teatro Real y que compre un palco: ahí va una onza.

—¿Y si no hay palco, señorito? dijo Casimiro: porque como esta noche es *Rigoletto*...

—Si no hay palco, tres butacas, entiendes: de las de delante, de la orquesta.

—Lo mejor será enviar al Suizo, porque todo lo tendrán los revendedores.

—Como quieras.

—¡Ir al teatro esta noche!... dijo Gabriela.

—Sí, señora... quiero lucir mis dos buenas mozas, contestó ligeramente el Pintado: á ver si te pones elegante, Gabriela: Elenita con su luto y con su collar de azabache y sus grandes pendientes negros, está elegantísima: casi estaba por mandarte comprar un revolver, Casimiro, porque tengo miedo de que quieran robarme estas dos buenas mozas.

—¡Y que yo fuera el ladron!

—¡Pillo! pero anda, hombre, anda, no nos encontremos con malos asientos por ir tarde.

A la media hora volvió Casimiro con tres butacas de primera fila, que empezaban en una punta del centro.

—Siete duros de vuelta, señorito, dijo al Pintado: las butacas son muy buenas, pero han costado á tres duros.

—Pues no han sido nada baratas: tú te habrás quedado ya con la propina... ¿eh?

—Que se me vuelva veneno, don Juan.

—¡Veneno, eh! ¡qué cosas! ¡veneno! ¡no, hombre, no! ahí va esa pesetilla por tu trabajo.

—Muchas gracias, señorito.

—Ahora véte y busca un coche de cuatro asientos.

—Muy bien, señorito.

—Vaya, niñas, mientras ustedes se arreglan yo voy á tomar una copa de ron y á fumar un cigarro al café de enfrente.

El Pintado tomó su sombrero y su baston y se fué.

Quedaron solas las dos jóvenes.

—¡Qué caprichos! dijo Gabriela: ¡buenas estamos las dos para pensar en teatros: yo con lo que he visto en la cárcel, y usted por esa misma persona!

—Dejémosle, dijo dulcemente Elena: hay que agradecérselo: lo hace por distraernos; y en efecto, aunque no queramos, nos distraeremos algo.

—Pero *Rigoletto* es muy triste: ¡aquel bribon de rey! ¡un hombre que por sus placeres produce una trajedia semejante!

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡los vicios!... esclamó Elena.

Gabriela se puso encendida.

Pero estaba vuelta de espaldas á Elena, sacando un traje de su maleta, y tuvo tiempo de reponerse.

—¡Y cuánto ama á usted Estéban! ¡el pobrecillo! esclamó Gabriela, poniendo un magnífico traje de seda sobre un sillon:—lo que más me desespera, me decia, es no verla, que no me escriba: ¡oh! ¡no me ama como yo la amo á ella! ¡si no fuese por ella, no estaria tan desesperado!

—¡Oh! ¡él no sabe!... esclamó Elena.

Gabriela puso entonces sobre el velador las alhajas que acababa de sacar de la maleta.

—¡Qué alhajas tan hermosas! esclamó Elena.

—¡Ah! ¡sí! esclamó con algun temblor Gabriela.

—Y son antiguas... muy antiguas.

—Sí, dijo Gabriela, son de la madre de Juan.

—Pero este collar y estas pulseras son de *soirée*, hija mia, no de teatro, y mucho menos cuando se va á butaca: si se tratara de una funcion de gala en palco...

—¿Y qué quiere usted? Juan es así: ya sé yo que voy á parecer, lo que soy: una señora de pueblo; pero hay que darle gusto: es tan bueno para mí...

Gabriela se metió en la alcoba.

Elena, que estaba de espaldas á la puerta de la alcoba y delante del velador, tomó rápidamente el medallon del collar; pero no encontraba la abertura.

Oprimió con despecho el marco del medallon.

Sabia que este género de medallones antiguos suelen tener dentro ó retrato, ó armas, ó cifras.

Por una casualidad, el medallon se abrió.

Elena ahogó un grito.

Habia visto su propio retrato.

O lo que es lo mismo, un retrato de dama con traje de 1830 á 1835, y exactamente parecida á ella.

—¡Dios mio! esclamó: ¿será está mi madre?...

Entonces se oyó el ruido de la vidriera de la alcoba.

Elena cerró el medallon; pero habia tenido tiempo sobrado para ver bien el retrato.

—Estas perlas son hermosísimas, dijo: tienen un Oriente admirable y son muy limpias, muy gruesas y muy iguales.

—Sí, dijo Gabriela: ese collar vale mucho dinero y las pulseras lo mismo: eran de la madre de mi marido.

Elena no insistió.

Gabriela empezó á vestirse.

Las dos jóvenes, entre tanto, hablaron de Estéban.

Apenas acababa de vestirse Gabriela, entró el Pintado.

—¡Bien, muy bien! dijo contemplando con delicia á su mujer: ¡pero calla! te has puesto el collar y las pulseras.

—Sí; como tú quieres...

—Es verdad; pero yo contaba con que iríamos á palco: quítatelo, mujer, y dámelo: estas alhajas son de mucho valor: las compré en una testamentaria de casa grande.

—Estas no, hombre, dijo Gabriela, que se puso encendida hasta lo blanco de los ojos: te has equivocado: estas alhajas son de tu madre.

—¡Es verdad! dijo el Pintado con una severidad terrible: estas son mejores.

Y guardó las pulseras y el collar en el bolsillo interior de su levita.

—Esto no puede quedar aquí, dijo: no se sabe lo que son los mozos: además, que los rateros suelen introducirse, á pretesto de que van á buscar á alguno, en las fondas, y á un descuido se meten en un cuarto: yo creí que habias traido las otras... valen poca cosa... pero estas son la mayor parte de nuestra fortuna.

No se volvió á hablar más.

Elena habia recogido todas las singularidades de la conversacion.

Pero se habia mostrado inalterable.

El Pintado no habia observado nada en ella.

—¡Si yo le hiciera prender! pensaba Elena: esas alhajas son una doble prueba; prueba de un inocente, prueba del crimen... pero un azar cualquiera podria frustrarlo todo... se les avisaria... podrian tal vez cubrirse: ¡oh, Dios mio!

—¿Sabes una cosa, Gabriela? dijo el Pintado.

—¡Qué!

—Que no puedo llevaros al teatro: me he encontrado á don Francisco, el de Vallecas, que tiene que tratar conmigo un asunto muy importante de ganado: se va á las nueve: á las nueve y media ó las diez iré yo allí: tú eres una señora casada, y puedes muy bien ir con tu jóven amiga.

—Como quieras.

—Yo lo siento, hija, pero es un asunto de mucho interés.

—Anda, anda: nosotras no necesitamos de tí: vamos en carruaje, y en el teatro no nos comerá nadie.

—Ea, pues entonces vamos: os acompañaré hasta el coche.

Salieron.

Elena volvió á sentir la tentacion de hacer prender al Pintado.

Pero no se atrevió.

El Pintado era fuerte, terrible.

Podia escapar al primer indicio de peligro, y hacer desaparecer aquel cuerpo de delito.

Era mejor confiarle y acecharle.

Para Elena, el Pintado se habia ya puesto en guardia á causa de la contradiccion mal compuesta que habia resultado á propósito de la procedencia de las alhajas.

Gabriela habia dicho que eran de la madre de su marido á Elena.

Despues el Pintado habia afirmado que las habia comprado en la testamentaría de una casa grande.

Elena creia que el Pintado habia guardado las alhajas y que se valia de un pretesto, para salir del momento y poner las alhajas donde no pudiesen ser encontradas.

Es cierto que las habia guardado el Pintado por consecuencia de aquel desacuerdo de noticias; pero en cuanto á lo segundo, en cuanto á su inmediata separacion de las dos jóvenes, nuestros lectores comprenderán que su objeto era quedarse libre para ir al núm. 20 de la calle del Bonetillo.

Para él deshacerse de su peligroso cómplice era un asunto de gran interés.

En cuanto ellas entraron en el carruaje y éste partió, el Pintado se metió en otro carruaje (tal era su impaciencia) y se hizo llevar á la calle del Bonetillo.

En cuanto llamó al único cuarto principal del número 20, la puerta se abrió, y apareció una mujer de apariencia problemática.

—¿Es usted el caballero recomendado por Casimiro? le dijo aquella mujer antes de que hablase.

—Ciertamente, respondió el Pintado.

—Pase usted, dijo la mujer; le están á usted esperando.

É introdujo en una pequeña sala al Pintado.

XVI.

TAL PARA CUAL.

Sentada en un sofá habia una buena moza, morena, de grandes ojos negros, gran garganta y seno prominente, vestida con un lujo chillon y con la mantilla puesta.

Era una mujer descarada, incitante, pero fuertemente ordinaria.

El Pintado la dió la mano y la saludó sonriendo.

—¿Vamos, qué tiene usted que decirme, hijo? le preguntó mirándole de un modo impudente.

—¿Usted se llama Teresa?

—Sí, señor.

—¿Usted es casada?

—¡Calla! ¿quiere usted casarse conmigo? dijo riendo siempre con un perfecto descaro, Teresa.

—Hablemos sériamente, dijo el Pintado.

—Calle, hombre, ¡sí! dijo Teresa, que empezó á comprender que en efecto se trataba de algo muy sério: no, señor, no soy casada: soy viuda.

—¿De quién?

—De un médico.

—Perfectamente, dijo el Pintado: las respuestas de usted convienen con mis noticias.

—¿Es usted de la policía? dijo ella con un acento burlon: pues mire usted, hijo: ni yo conspiro, ni soy mala, ni he cometido ningun delito.

—¡Por supuesto! yo no soy tampoco de la policía; pero conviene que nos entendamos, y el entendernos puede valer á usted una fortuna.

—Pues pregunte usted, amigo mio: yo responderé la verdad.

—¿Es usted libre?

—Yo soy libre siempre que quiero.

—Es decir, usted tiene...

—Sí, señor: tengo.

—¿Cómo se llama?

—Don Nicolás Angulo.

—Perfectamente: mi amigo Angulo.

—¡Calla! ¿ese vejestorio habrá querido saber si yo le soy infiel?

—Él no sabe que yo tengo interés en hablar con usted; ¡pero cómo es que ha podido usted romper el lazo! porque yo supongo que él permanecerá á su lado de usted todo el tiempo posible.

—Sí, señor, eternamente; porque no tiene otra cosa que hacer que quemarme la sangre: y yo no sé si podré aguantar: ¡están los tiempos tan malos y tan rechiflados los hombres!

—Pero veamos de qué medio se ha valido usted.

—Le he puesto en el vino un narcótico: es un antiguo sistema mio: el más seguro de que se puede usar: hombre que duerme ni siente ni consiente: es necesario no podrirse, ni esponerse á escenas: ¿quién me quita á mí ir de noche al café del Iris?

—¡Diablo! dijo para sí el Pintado: Casimiro me hace oir la palabra *veneno*, y ésta la palabra *narcótico:* un narcótico algo fuerte es un veneno: ¡la sangre mancha!

—¿En qué piensa usted, señor?

—Estoy pensando en que aquí nos pueden oir.

—Se habla bajo.

—Lo mejor es no hablar donde se pueda ser oido, dijo el Pintado casi á la oreja de Teresa.

—Pues usted dirá.

—¿Quiere usted pasear un poco conmigo en coche? yo tengo uno abajo.

—¿Por qué no?

—Pues vamos.

Teresa se levantó.

—¿Hay que dar algo?

—Dé usted media docena de duros á la que abra la puerta.

El Pintado lo hizo.

Bajaron y entraron en el carruaje.

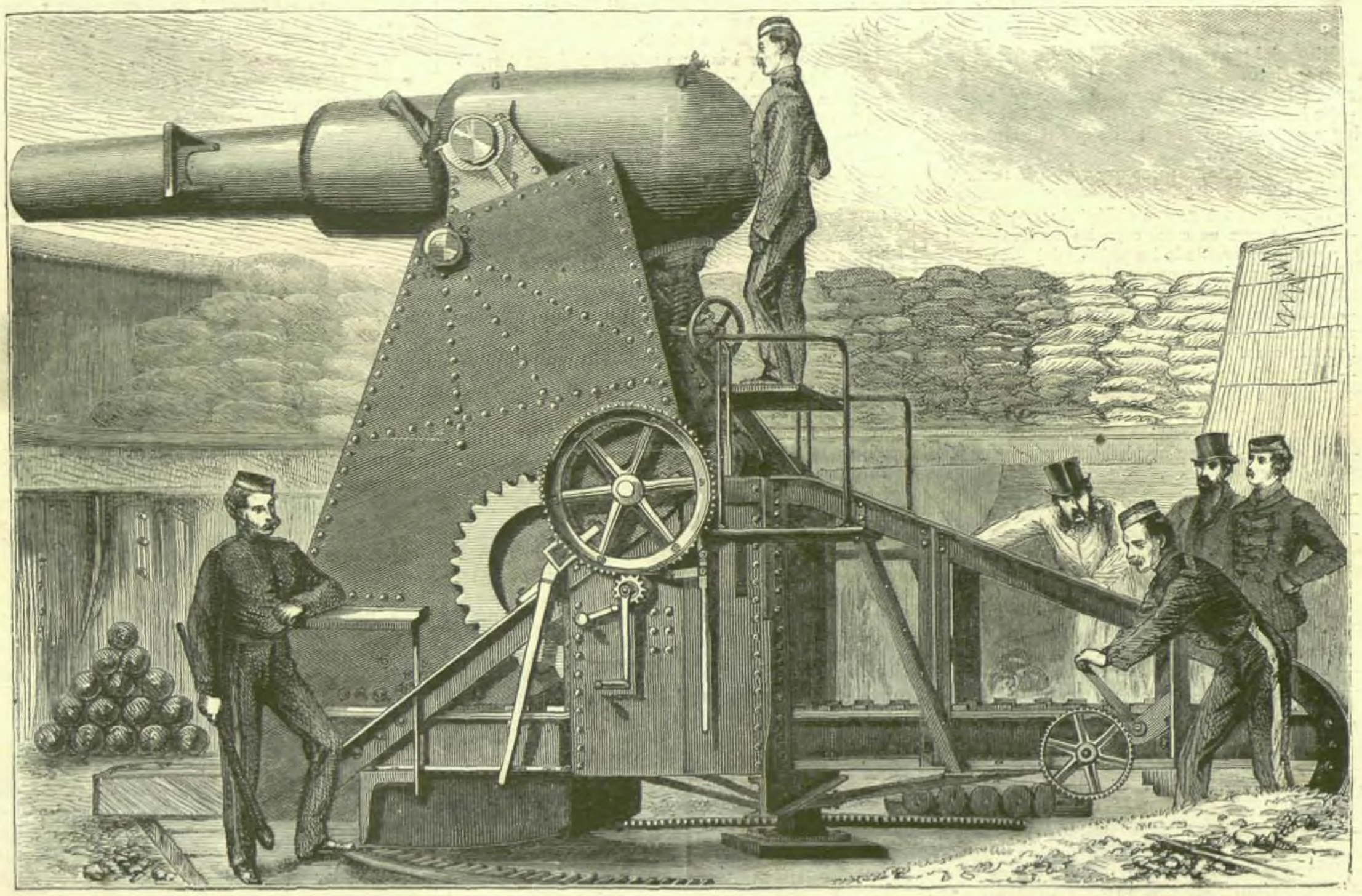
—A la puerta de Alcalá, dijo el Pintado.

El carruaje partió.

—Me tiene usted con una curiosidad que reviento, dijo Teresa: ¿está usted enamorado de mí?

—¡Qué diablos! yo me enamoré una vez por todas.

—Vamos le gusto á usted.



LA GUERRA.—EL CAÑON MONCRIEFF.

—No digo que no: mucho, muchísimo, como puede ser que no me haya gustado ninguna mujer: me parece que me enamoraré; seguro: en usted consiste.

—¿Y qué hay que estudiar para hacer que usted se enamore de mí?

—Poca cosa: servirme.

—Pues por servido.

—¡Cuidado!

—¡Qué! ¿tan difícil es usted de servir?

—¡Ya ve usted! se espone usted...

—¡Á qué!

—A pasear en burro.

—¡Jesucristo! esclamó espantada Teresa, separándose bruscamente del Pintado.

—Dos mil duros mañana: cuando la cosa esté hecha cuatro mil duros.

—Mucha confianza tiene usted en mí cuando me hace esa proposicion.

—¡Y bien, qué espongo yo! ¿si usted me denuncia, cómo me probará usted que yo la he propuesto quitar de en medio á un hombre?

—Es que yo no denunciaré á usted; pero es necesario que hablemos sériamente.

—Si me conviene y es con buenas condiciones...

—Ya sabia yo que nos entenderiamos.

—¿Y por qué?

—Yo conozco á las personas.

—¿En qué, señor?

—En lo blanco de los ojos.

—Pues mire usted, á mí me sucede lo mismo: cuando yo le ví á usted dije:—Vea usted un hombre que ni pintado para mí: tal para cual.

—¿Usted tiene historia?

—Yo no: ¿y usted?

—Yo tampoco; pero pudiera suceder que no la hubiese á usted dejado Dios viuda.

—Puede haberme dejado viuda el diablo: ¿y usted quiere tambien enviudar?

—No, por cierto; pero quiero sacarme una espina.

—¿Y cómo se llama esa espina?

—Don Nicolás Angulo.

—¡Diablo! usted quiere que yo me haga viuda otra vez: ese pobre diablo quiere casarse conmigo en cuanto arregle sus negocios.

(Se continuará.)

EL CAÑON MONCRIEFF.

La plaza de Strasburgo continúa en poder de los franceses. Los heróicos defensores de la plaza están más que nunca resueltos á defenderse hasta el último estremo, y tal es su decision, que para cuando este llegue serán capaces de volar las fortificaciones y entregar sus vidas antes que rendirse al orgullo del invasor. Por ahora tienen víveres para continuar la resistencia, les sobra esfuerzo con que hacer frente á las mayores privaciones, y tampoco carecen de los medios de defensa indispensables para contrarestar la tenacidad del enemigo.

Conocedores los prusianos de la firmeza y ánimo de los defensores de Strasburgo, han procurado utilizar todos los recursos y nuevos inventos aplicables al arte de la guerra, y al efecto han artillado sus baterías con armas de fuego de dimensiones colosales. Entre estas figura en primer término el *cañon Moncrieff*, cuyo tamaño y forma pueden considerar nuestros lectores en el grabado que les ofrecemos en esta página.

Con el auxilio de tan monstruoso cañon, cuyo peso no baja de siete toneladas, se prometen doblegar la heróica resistencia de los sitiados, pues los destrozos que les causen con tan poderosos elementos no podrán menos de llevar la desolacion al interior de la ciudad y de vencer el esfuerzo de sus animosos defensores.

ADVERTENCIA.

Nos vemos obligados á suplicar á los señores escritores que nos favorecen con sus producciones, que por algun tiempo suspendan de remitirnos nuevos originales, pues es tal la abundancia que de ellos hay en la direccion literaria de nuestro periódico, que ha de trascurrir mucho tiempo antes de poderles dar cabida en él, y hasta apreciariamos nos autorizasen para su devolucion los que no tengan gusto en esperar.

A. DE CÁRLOS.

ANUNCIOS.

TRATADO DEL CULTIVO DE LA VID EN ESPAÑA

Y MODO DE MEJORARLO,

POR DON JOSÉ HIDALGO TABLADA.

Acaba de publicarse por la señora viuda é hijos de Cuesta, la segunda edicion corregida y mejorada con nuevos datos, y se halla de venta en su establecimiento, calle de Carretas, núm. 9, al precio de 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

EAU DES FÉES

ÚNICA ADMITIDA EN LA Esposicion universal de 1867 | ÚNICO PREMIO EN LA Esposicion del Havre de 1863

PREPARADA

segun la fórmula del Dr. Morel.

El *Agua de las Hadas* resuelve de un modo definitivo el *problema* de teñir *progresivamente* el cabello y la barba. El *Agua de las Hadas* es la única que cumple lo que promete. Nada hay que temer del uso de esta agua milagrosa, llamada con tanta justicia *Agua de las Hadas*, cuya propagadora es MADAMA SARÁH FÉLIX.—Depósito general, 43, calle Richer, Paris, y en todas las perfumerías y peluquerías de Francia y del extranjero.

LA VELUTINA.

(CHARLES FAY.)

La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—*La Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente *invisible:* así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor.

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en Paris.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE LA ILUSTRACION,

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.